



Universidad
Zaragoza



Facultad de
Filosofía y Letras
Universidad Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

La infancia en la Baja Edad Media hispana.

Patricia Tardío Peruga

María del Carmen García Herrero

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

16 de septiembre de 2014

Índice

1. Resumen.....	p. 1
2. Introducción e historiografía	pp. 1-9
3. El nacimiento: el parto y la madrina	pp. 10-17
4. La crianza: la lactancia y la imagen de la nodriza	pp. 18-25
5. La infancia en sí: familia, bautismo, sentimientos y características en el periodo bajomedieval	pp. 26-38
6. Los juegos y la imagen del niño en las fiestas	pp. 39-47
7. Los indeseados: infanticidio, aborto y abandono. Los hospicios.....	pp. 48-55
8. Conclusiones.....	pp. 56-59
9. Bibliografía	pp. 60-62

1. Resumen.

El presente Proyecto de Fin de Grado se ocupa de la infancia durante la Baja Edad Media hispana. Para su elaboración he utilizado, sobre todo, fuentes secundarias, y también fuentes primarias editadas y registros iconográficos.

El objetivo del estudio es la aproximación al mundo de los niños y niñas del último tercio del Medievo peninsular, centrándome especialmente en la etapa de la crianza, es decir, desde la llegada al mundo de las criaturas hasta que alcanzaban aproximadamente los siete u ocho años de edad. He reparado en las diferentes miradas y valoraciones de la sociedad hacia los niños y las niñas que atravesaban dicho período; un tiempo vital en el que se documentan apreciaciones ambiguas y ambivalentes.

2. Introducción e historiografía.

La infancia y su concepción han variado a lo largo del tiempo, ya que las distintas sociedades han determinado ciertas etapas de la vida que se diferencian unas de otras; el tiempo no es algo estático, sino que está constantemente en movimiento y las edades de la vida avanzan, con un crecimiento físico, pero también intelectual y psicológico de las personas a través del contacto que éstas van adquiriendo con el entorno. La infancia es el período vital en el que se inicia la construcción cultural de las personas. Se trata de una etapa plagada de dificultades e incapacidades, de comprensión, formación y aprendizaje, y es la etapa en la que, gracias a la ayuda, cuidados y consejos de los adultos, se va moldeando el carácter y adquiriendo las costumbres, al tiempo que va tomando forma y consistencia lo que se llegará a ser y a hacer en la adultez.

Es, a su vez, un período de difícil comprensión y que ha sido interpretado de diversas formas a lo largo de la Historia; ahora nos interesa saber cómo veían las gentes de la Baja Edad Media hispana el concepto “infancia”, los sentimientos que experimentaban hacia ella y la imagen que tenían del niño, un “tierno ángel” o un “pequeño monstruo”,

un “hijo virtuoso” o una criatura “bruta y torpe”. Para ello habrá que hacer un recorrido a través de las obras de diferentes autores y autoras que han tratado el tema de la infancia esbozando teorías e hipótesis muy interesantes –en ocasiones enfrentadas-, con lo que acercarnos a una idea más concreta del significado de la infancia, ya que asiduamente resulta un tanto ambigua.

En la larga Edad Media hubo una infancia caracterizada por una dualidad de “violencia-afecto”, una relación de “amor-odio” que variará según el contexto y la condición social en la que se encuentre el niño. La criatura es fuente de proyecciones y los adultos tendrán nociones acerca de la infancia que se reflejarán en expectativas de carácter positivo o negativo, con un sentimiento de ambivalencia que dominó durante todo el periodo bajomedieval y que consideró al niño como un fruto oscilante entre la “monstruosidad” y la “bendición”.

Los niños nacen indefensos ante la complejidad e inmensidad del mundo en que se hallan. Según Hugh Cunningham, “*un claro sentido de los ingredientes de la infancia: inocencia, escuela, diversión, juegos, amigos, naturaleza, dulces. Privados de éstos, ellas y sus amigos “no pueden ser niños” [...] Un niño no era simplemente alguien que tiene entre, digamos, cero y catorce años; un niño puede ser un verdadero niño sólo si él o ella tienen infancia*”¹. La infancia se torna una idea amplia que empieza a estar sujeta a los diversos factores de cada contexto. Lo cultural, lo biológico y lo cotidiano lentamente construyen una imagen, dando cuenta de una relación entre dos mundos: uno infantil y otro adulto.

Niños y niñas eran castigados y premiados para que diferenciasen tempranamente el bien del mal, lo prohibido y la banalidad; pero es su pureza e inocencia lo que suaviza, de alguna manera, las imperfecciones e incapacidades del niño. El propio Philippe Ariès habla de que el arte medieval hasta el siglo XII, uno de los testimonios que han llegado a nuestros días y que sirven como referencia de reconstrucción del pasado, no conocía la infancia o al menos no la representaba; esa afirmación será posteriormente criticada por

¹ CUNNINGHAM, Hugh, *Los niños y la infancia en la sociedad occidental desde el 1500*, ed. Longman, Londres, 1995, pág.1.

el francés Jean-Louis Flandrin, quien expondrá que los niños eran representados como adultos en miniatura donde tan sólo el tamaño permitía distinguirlos. No será hasta el siglo XIV cuando comiencen a aparecer plasmaciones del niño en la iconografía como un individuo singularizado portador de valores propios.

No obstante, en el siglo XII comienzan a apreciarse testimonios de ternura hacia los niños, cierto interés hacia la periodización de las etapas de la vida y la conciencia de la necesidad de afecto hacia la infancia. Los niños aparecen como protagonistas de algunas narraciones, entrando en el germen de la fijación de las etapas de la vida, lo que denota un profundo cambio en los sentimientos.

Además de ello, la terminología de la edad, imprecisa durante toda la Alta Edad Media, habla a veces de doce fases haciendo alusión a los doce meses del año, aunque en otras ocasiones se habla de siete etapas e incluso de cinco o de cuatro; durante el siglo XIV fue imponiéndose la imagen de las cinco edades del hombre: “*edad de los juguetes, edad de la escuela, edad del amor, edad de la guerra, y edad, por último, de los hombres de leyes o de ciencia*”². Por tanto, será a lo largo del siglo XIV cuando el niño comience a perfilarse como una criatura indefensa e inocente a la que se debe consideración desde su nacimiento.

En definitiva, la infancia supone un concepto cambiante a lo largo de los diferentes contextos históricos, siendo una etapa fundamental en el cambio de sentimientos hacia ella y en la concepción de la idea de “familia” el periodo bajomedieval, centrándonos en el entorno hispano a la vez que estableciendo algunas comparaciones con otros países europeos.

Por su parte, la historia de la infancia forma parte del acervo de la historia social y cultural, al igual que podríamos enmarcarla dentro de la historia de la vida cotidiana. Tanto la historia social como la historia de la cotidianidad vieron la luz en el siglo XX, puesto que la centuria decimonónica estuvo regida primordialmente por el historicismo

² FLANDRIN, J.L. “La actitud hacia el niño pequeño”, *La moral sexual en Occidente*, Barcelona, Ed. Juan Gránica, 1984, pág.158.

alemán. Fue en Francia donde en primer lugar se comenzaron a tener en cuenta las Ciencias Sociales para la construcción del pasado y de la Historia, porque el último tercio del Ochocientos estuvo dominado por la historia política centrada en el en los grandes acontecimientos y los grandes personajes. Desde entonces empezaron a entreverarse con la Historia, entre otras disciplinas, la Historia la Economía, la Sociología, la Arqueología o la Antropología, en esa búsqueda incansable al estilo braudeliano de una “historia total”. Fue precisamente la Escuela de Annales, nacida en el periodo de entreguerras del siglo XX de la mano de grandes historiadores como Lucien Febvre y Marc Bloch, pionera en atender otras ramas para “*demostrar que la historia puede hacer algo más que estudiar jardines cercados*”³.

En ese preciso momento fue cuando comenzó a hacerse lo que Augusto Comte llamaba “*historia sin nombres*”, la historia social y cultural que comenzarán a atender aspectos que hasta entonces no habían sido tenidos en cuenta. Esa “Nueva Historia”, bautizada al otro lado del Atlántico, llegará a Europa de la mano de historiadores como Gabriel Monod o Henri Berr, ideólogo de la interdisciplinariedad histórica, influyendo en los padres fundadores de Annales, Marc Bloch y Lucien Febvre. Su relevo lo tomará el gran historiador de la “larga duración”, Fernand Braudel, desligándose varias generaciones de historiadores alejados ya en el tiempo de la influencia de la historia tradicional, y que engloban nombres como Jacques Le Goff, Emmanuelle Le Roy Ladurie, Pierre Goubert o Michel Vovelle, entre otros.

Esta nueva generación surgió ya en torno a los años sesenta y setenta del pasado siglo XX, y fue en ella donde comenzó a tenerse en cuenta, dentro de la historia social y cultural, la llamada “historia de las mentalidades”, que atendía la psicología de las sociedades y la “imaginación social” y en la que encontramos pioneros como el propio Philippe Ariès, destacado por su estudio sobre la infancia en la Edad Media y luego, por sus estudios sobre las actitudes frente a la muerte. Los trabajos de Ariès animaron a los

³ BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 1949, vol.1, pág.22.

demógrafos históricos analistas a estudiar las mentalidades y los valores, la familia o la sexualidad⁴.

Es precisamente aquí donde podemos encuadrar el surgimiento del interés historiográfico por la infancia y la visión de la niñez en el pasado, desde épocas remotas hasta nuestros días. Fueron los años noventa del pasado siglo el momento en que la infancia de antaño constituyó uno de los temas de moda para la investigación histórica. El pionero en iniciar esa tarea, como ya se ha expuesto, fue Philippe Ariès y su obra de 1960 *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, una obra llena de hipótesis y planteamientos novedosos que abrió las puertas del interés por el estudio de los niños del pasado.

Los planteamientos del francés pronto fueron contestados debido a algunas de sus conclusiones; en primer lugar Ariès establecía que en la Edad Media no había existido el concepto de niñez sino que éste se gestó tiempo después, en el siglo XVII. A la hora de afirmar esta cuestión, este autor se había basado, en parte, en la iconografía puesto que en las representaciones medievales aparecían supuestos niños con las mismas características que los adultos. Su otra afirmación más criticada era el hecho de haber expuesto que en aquella época no existían lazos afectivos entre padres e hijos, porque la alta mortalidad infantil del periodo hacía que los padres no se encariñasen demasiado con sus hijos. Tanto la primera como la segunda afirmación fueron contestadas con argumentos que establecían que los niños sí se representaban en la iconografía de manera diferenciada de los adultos, al igual que debido a la popularidad de las representaciones de la Virgen con el Niño se descubrió que los lazos de afectividad hacia los hijos sí existían en la Edad Media. Es más, se sabe que en el siglo XIII fueron muy comunes las imágenes de dos modelos iconográficos característicos de Occidente: la “Virgen de la ternura”, en la que el rostro de la *Madonna* aparece pegado al del Niño, y la “Virgen de la leche”.

⁴ BURKE, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales (1929-1989)*, Gedisa, Barcelona, 1999.

Sin lugar a dudas, la obra de Ariès fue pionera en los estudios sobre la infancia. A partir de entonces comenzaron a proliferar obras, congresos y coloquios en torno al tema que buscaban matizar y ahondar las investigaciones precedentes e incluso refutar las hipótesis de Ariès. A pesar de las diferencias entre unos y otros autores, encontramos algunos puntos en común que hablan de que el sentimiento de la infancia comenzó a desarrollarse a partir de la Edad Media y que ese sentimiento se desarrolló a la par que el de familia⁵.

En el contexto italiano, por ejemplo, surgieron los escritos sobre las familias florentinas, la crianza o la lactancia de la autora Christiane Klapisch-Zuber, junto a los trabajos de Ángela Giallongo dedicados a la educación infantil o los de Luisa María D'Adami, la cual atendió las enfermedades y la alimentación. También destaca la enciclopedia sobre la infancia de Egle Becchi y Dominique Julia, que hablan de la niñez desde la Antigüedad hasta nuestros días.

En Alemania, por su parte, destacan autores como James Schultz y Arnold Klaus, a mitad camino entre la hipótesis de Ariès de la inexistencia de un concepto medieval de la infancia y de aquellos que creen que la noción de niñez en la Edad Media no fue muy distinta de la que tenemos en la actualidad.

En Inglaterra el tema de la infancia fue bastante popular y por ello abundan los escritos sobre la niñez; en primer lugar destaca Shahar y su obra de 1990 *Childhood in the Middle Ages*, en la que establecía que el concepto de infancia sólo podría aplicarse al ámbito de las clases altas de la sociedad porque los pequeños del común se insertaban en el mundo laboral de forma muy temprana, convirtiéndose en adultos. También destacan los autores Nicholas Orme y Barbara Hanawalt; el primero es muy crítico con Ariès e insiste en el gran peso de la religión en cada etapa de la vida infantil, y Hanawalt, por su parte, reconstruye la vida cotidiana de los niños en el Londres medieval. Merece mención Colin Heywood y sus estudios sobre las distintas percepciones de la infancia desde la Edad Media hasta nuestros días a partir de tres

⁵ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Ayuntamiento, Delegación de Acción Cultural, 1990, vol.1. pág.27.

grandes bloques temáticos: el cuidado de los niños, la relación entre padres e hijos y el mundo laboral. Junto a estos autores también es reseñable un congreso sobre la infancia medieval organizado por la Society for the Study of Childhood in the Past y la Society for Medieval Archaeology de la Universidad de Sheffield, en el que se trataron temas como la muerte y los enterramientos infantiles, el limbo y los niños no bautizados o los juegos infantiles en las ciudades.

En el ámbito norteamericano, por su parte, cabe mencionar al historiador Lloyd de Mause, el cual estableció un nuevo modo de acercarse al conocimiento de la niñez con su obra *History of Childhood*, en la que planteó la evolución de la relación de los adultos con el niño en seis etapas históricas. La primera comprende desde la Antigüedad hasta el siglo IV d.C., en la que el niño estaba totalmente sometido a la voluntad paterna; la segunda, la del abandono, entre los siglos IV y XIII, en la cual los padres comienzan a reconocer a los niños como sujetos con alma y por ello en vez de matarlos optan por el abandono. La tercera etapa comprende los siglos XIV y XVII y está caracterizada por la ambivalencia, en la que los niños pasan a ser el centro de preocupación de los padres, que intentan controlar sus cuerpos a través de una educación severa y duros castigos corporales. En la cuarta etapa, la de intrusión, se pretende modificar la psicología infantil y el siglo XIX corresponde con la etapa de socialización, en la que la figura de los padres adquiere el peso del que antes carecía. Por último, desde mitad del siglo XX hasta el día de hoy se desarrolla la etapa de la ayuda, en la que el niño sabe lo que necesita para sí mismo mejor que sus padres y por ello, la tarea de los progenitores es asistirlo y acompañarlo en esa búsqueda. Esta forma de apreciar la infancia fue muy influyente para muchos de los estudiosos de nuestra época.

En Francia, por su parte, junto al pionero Ariès destacan otros investigadores que han sido cruciales para impulsar los estudios sobre la infancia en la España medieval. Entre los más destacados se encuentran Pierre Riché y Danièle Alexandre-Bidon, los cuales inauguraron una nueva perspectiva en las investigaciones sobre la niñez ya que tuvieron en cuenta nuevas fuentes como la arqueología o los manuscritos iluminados. También

sobresalen los análisis de Didier Lett, que aborda la infancia a partir de los milagros, junto a la obra de Robert Fossier, *La petite enfance dans l'Europe médiévale et moderne*, de 1992, que versa sobre la espiritualidad respecto al mundo infantil y el tema del limbo y las criaturas muertas antes del bautismo, entre otras temáticas.

Por último y para el caso de España existen dos obras importantes que atienden la historia de la infancia en la Península; cabe señalar la de Buenaventura Delgado, quien se centra en fuentes eclesiásticas y jurídicas, junto a la obra de María José y Pedro Voltes, un estudio introductorio para el tema de la infancia que presta especial atención a las fuentes médicas. También destacan los trabajos de María del Carmen García Herrero de *Las etapas de la vida*, en el que la autora plantea la dualidad con la que el mundo medieval veía al niño, su *Elementos para la historia de la infancia y de la juventud* o su tesis doctoral sobre las mujeres en la Zaragoza del siglo XV. La mayoría de los estudios que tratan el tema de la infancia se han centrado en aspectos como la educación, el mundo laboral o la marginación; el tema de la educación de los niños en la corte regia o en los ambientes nobiliarios puede ser uno de los más tratados en el ámbito peninsular, destacando autoras –entre otros y otras- como Raquel Homet, María Teresa López Beltrán, María de los Llanos Martínez Carrillo o Susana Guijarro González.

Otros aspectos sobre la vida infantil han sido estudiados en marcos más amplios a través de temáticas como el matrimonio, las fiestas, la vida cotidiana, la muerte o la medicina. También se han escrito trabajos sobre el mundo laboral en la niñez atendiendo especialmente al ámbito de la marginalidad y los grupos menos privilegiados de la sociedad, hablándose de labores como el servicio doméstico o las actividades artesanales; sobre esto subrayamos los trabajos de M^a Carmen García Herrero, Gloria Lora Serrano o Teresa Vinyoles. También se ha atendido el tema de la prostitución femenina, muy relacionado con la infancia porque en muchas ocasiones los padres enviaban a sus hijas desde el medio rural a la ciudad para que se colocaran como sirvientas y, en algunas ocasiones, acababan inmersa en la prostitución; sobre este tema vuelve a destacar la figura de María del Carmen García Herrero así como de otros autores como Ricardo Córdoba de la Llave o Teresa Vinyoles i Vidal. Además de esta

diversidad de temáticas cabe mencionar el tema de la pobreza y la asistencia social, hablándose de las diferentes instituciones que fueron surgiendo en torno a la marginalidad en el periodo bajomedieval para atender a los niños pobres, huérfanos y abandonados. Entre esas instituciones destaca el caso de los hospitales u hospicios, lugares en los que los niños eran abandonados por padres o madres solteras sin capacidad para mantenerlos y de los que se encargaban las nodrizas que trabajaban allí para amamantar a los expósitos.

3. El nacimiento: el parto y la madrina.

El largo camino de la vida comienza a través de una relación, la del niño con su madre, la primera en atender sus necesidades, a la que se sumaba la relación con otras mujeres como eran las tías o las abuelas. Tanto el concepto de madre, como el de tía o el de abuela designan relaciones familiares o de parentesco, así como el término de “relación de cuidados” que introducen a la criatura recién nacida en el ámbito de la feminidad y de la mujer. Es precisamente esa primera relación la que deja huella, porque los primeros años de vida son cruciales para la formación del carácter. Esas palabras de madre, tía o abuela *“no son palabras que designen grados de consanguinidad. Son palabras embarazadas cuyo dominio semántico profundo conlleva, para mí, relación de cuidado y atención en singular”*⁶. Son relaciones enmarcadas en el amor y el deseo que promueven una enseñanza del orden simbólico de la madre y de la lengua materna, así como otorgan profundidad al concepto de mujer, un concepto que surge en el ambiente originario de la propia formación.

Pero a pesar de estas aparentes evidencias, la documentación que atiende a la práctica médica para zonas como la Corona de Aragón parece haber tenido escasamente en cuenta el ámbito de la mujer y su fundamental papel en el inicio de la vida; es la propia historiografía feminista la que en primera instancia reconoció el papel jugado por las mujeres en la atención al parto y el cuidado del cuerpo en la Edad Media. Para reconocerlas como mediadoras fundamentales traedoras de vida al mundo, la historiografía feminista se valió de explicar los porqué de esa “infra-presentación” de las mujeres como agentes de salud en las fuentes medievales, junto al hecho de reelaborar el utilaje conceptual heredado de la historia social de la medicina para identificar la práctica médica de las mujeres, porque sí la hubo. Por tanto, son algunas palabras que pudieron pasar desapercibidas las que nos permiten vislumbrar esa práctica femenina, con un primer grupo formado por palabras procedentes de la terminología

⁶ CABRÉ I PAIRET, Montserrat, “Nacer en relación”, en *De dos en dos. Las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana, Cuadernos Inacabados, horas y HORAS* (ed.), Madrid, 2000, pág. 17.

técnica de la medicina, como es el caso de *obstétrica, física, cirujana* o *barbera*; vocablos que se introdujeron a raíz de la institucionalización y regulación de la medicina en la Europa latina de la Baja Edad Media. Junto a éstas encontramos un segundo grupo de palabras que todavía pudieron pasar más desapercibidas y que proceden de la lengua materna y del dominio semántico de “madre” o “mujer”: *matrona, comare* o *madrina*, palabras que proceden “*de la lengua que nombra el mundo primariamente, de la que enseña a nombrar relaciones originalmente*”⁷. Según Cabré i Pairet antes incluso a la organización del sistema médico institucional, “*las palabras mujer y madre [...] contenían en sí el significado de prácticas que procuraban la salud y que cuidaron en la enfermedad. Sus significados convivieron, en el periodo bajomedieval, con las designaciones terminológicas técnicas que identificaron [...] las prácticas médicas resultado de los procesos de institucionalización y regulación de la medicina*”⁸.

Para atestiguar estos hechos encontramos algunos documentos cruciales para defender la práctica médica de las mujeres; en Zaragoza, a la altura de 1398 un grupo de mujeres se dispusieron a examinar a una muchacha que había sido violada, realizando un acto médico observando los genitales de la mujer. Esas mujeres fueron llamadas por las cortes para realizar este acto, lo cual fue bastante común durante el periodo bajomedieval. Además resulta llamativo el que una de las mujeres encargadas de examinar los genitales de la mujer fuese nombrada como “madrina” y “ama”, términos referentes a una práctica médica, porque “madrina” hacía referencia a una mujer que en la Edad Media se encargaba de recibir a la criatura en el parto así como a la persona que se encargaba de recibirla en el momento del bautizo. Ese concepto estaba muy relacionado con las palabras “comadre” o “comare”. También se la llama “ama”, cuyo significado está íntimamente relacionado con el de nodriza o “madre que amamanta”.

Otro documento data de 1410 en Barcelona, y habla de la violación por parte de un tal Arnau Albertí, caballero y doctor en leyes, de tres niñas; ante ello la corte ordenó a

⁷ *Ibidem*, pág.20.

⁸ *Ibidem*, pág.21.

varias mujeres, las cuales reciben el nombre de “madrinas”, el examen ginecológico de las niñas. Por tanto, parece que las mujeres eran fundamentales a la hora de explorar y tratar el cuerpo femenino, a pesar de que no siempre sea fácil documentar su actividad. La madre de una de las niñas fue llamada a declarar, ante lo que se estableció que “*y esto sabe ella ciertamente puesto que ella, testiga, la reconoció de inmediato y no la encontró doncella, sino que le encontró toda la natura llena de sangre*”⁹

Otro documento de 1487 es una carta pública del parto de una tal Joana de Torrellas, donde se distingue con claridad a una matrona, individualizando su función de recibir a la criatura en el alumbramiento de otras mujeres que también asistieron el parto; “*et la madrina Salinas alli puesta para ricebirla et otras duenyas alli a la cama con ella [...]J*”¹⁰. Con ello queda demostrado que eran las mujeres las encargadas de asistir los partos y de cuidar a la madre incluso varios días después de dar a luz; “*y no hay tampoco duda de que, con la excepción de algunos casos, el espacio del nacimiento era exclusivamente femenino y el parto un acontecimiento que se desarrollaba entre mujeres*”¹¹. Estos hechos “embarazan”, como establece Cabré i Pairet, la palabra “mujer” “*con un significado profundo que denotaba prácticas que procuraban la salud y atendían en la enfermedad*”¹², existiendo un vínculo simbólico con las palabras “madrina”, “ama” o “comadrona”, porque “*si atendemos al significado profundo de las palabras, a su significado original, no sólo partera o matrona u obstétrica [...] sino “mujer” y otras palabras del dominio semántico que significa el orden materno decían, en la Baja Edad Media, prácticas de atención al parto y conocimiento y cuidado del cuerpo en salud y en enfermedad*”¹³. La palabra mujer significaba, en el orden materno, una mediación primaria de la criatura con el mundo, porque “*la lengua materna enseña que el sentido procede de la relación, enseña a nacer en relación*”¹⁴.

⁹ RIERA I SANS, Jaume, *El cavaller i l'alcavota*, 2^a ed. Barcelona, Club Editor, 1987, pág.83.

¹⁰ 1487, marzo 11. GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1990, vol. II, doc.102, pág.288.

¹¹ CABRÉ I PAIRET, Montserrat, *Op. cit.*, pág.26.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*, págs.26-27.

¹⁴ *Ibidem*, pág.27.

Además de ello, queda demostrado que en los últimos años han avanzado mucho los estudios sobre obstetricia medieval y moderna y sobre las mujeres encargadas de asistir los partos; han salido a la luz nuevas fuentes documentales que han permitido conocer mejor el trabajo femenino en materias como ginecología, obstetricia o puericultura, como es el caso de imágenes que transmiten representaciones del funcionamiento de las cámaras de parto en la Baja Edad Media, al igual que documentos excepcionales como la carta pública realizada durante el parto de la zaragozana Isabel de la Caballería del 10 de enero de 1490, el sencillo parto de Juana de Torrellas o el documento testimonial sobre el estado de los genitales de Perico Martín cuando fue dado a luz. Estos documentos tienen en común el hecho de atestiguar la labor de las parteras y especialmente de una de las más importantes del siglo XV, Catalina de Cutanda, la madrina Salinas, mencionada en el documento sobre el parto de Joana de Torrellas y cuyo símbolo parlante es el cuchillo que porta para tallar la *vit* o cordón umbilical.

Ginecología, obstetricia y puericultura irán adquiriendo un desarrollo cada vez mayor en los siglos XVI y XVII; en ese momento comienzan a proliferar escritos que hablan de los accidentes sufridos en los partos, los que se achacan a la ignorancia y la vanidad de las parteras. “*Y puede que en la afirmación haya algo de cierto, pero no es en absoluto desinteresada, puesto que los médicos están reclamando para ellos, como grupo, el ejercicio de una rama de la Medicina que tradicionalmente había estado en manos de las mujeres*”¹⁵, porque lo cierto es que el parto fue, durante mucho tiempo, un asunto íntimamente relacionado con el ámbito de la feminidad. El campo de la obstetricia y la ginecología fue copado por mujeres hasta bien entrado el siglo XVI; son las parteras y comadronas las encargadas de traer al mundo a las criaturas, una mujeres que no se forman en los Estudios Generales y que adquieren sus conocimientos a través de la experiencia y la reiteración, además de la observación del trabajo de otras parteras más experimentadas. Sobre ello destaca un tratado de 1050 llamado *De mulierum passionibus*, de Trótula de Ruggiero, mujer dedicada a la medicina oficial en la Escuela de Salerno, para muchos germen de la obstetricia en Occidente.

¹⁵ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media*, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.), Zaragoza, 2005, pág.24.

Muchas fueron las obras destinadas a la formación profesional de las comadronas, siendo el primero escrito en castellano el *Libro del arte de las comadronas o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños*, impreso en 1541 y escrito por el médico mallorquín Damián Carbón; esta obra defendía el hecho de que de las intimidades de las mujeres debían ocuparse las propias mujeres y no los hombres.

Fue precisamente el propio Damián Carbón, al igual que muchos otros coetáneos, el que ofreció una descripción exhaustiva de la comadrona ideal, una mujer con unas determinadas cualidades físicas y psíquicas que le permitan desempeñar su tarea con éxito; entre esas condiciones específicas, Carbón establece que “*la primera de las quales ha de ser que la comadre sea muy esperta en su arte. La segunda sea ingeniosa. La tercera que sea moderada, es assaber, que tenga buenas costumbres*”¹⁶. Para adquirir experiencia, la comadrona debe intercambiar conocimientos con otras mujeres dedicadas a su mismo oficio; para ser ingeniosa, debe estar preparada ante todo tipo de situaciones y saber responder adecuadamente ante un parto dificultoso, tan comunes en la Edad Media. Sobre el tener buenas costumbres, Carbón establece que “*es menester que tenga buena cara y [sea] bien formada en sus miembros por que digamos de su buena compleción. No sea fantastiga, no sea riñosa, sea alegre, gozosa porque con sus palabras alegre a la que pare. Sea honrada, sea casta para dar buenos consejos y ejemplos, mire que tiene honestissima arte. Sea secreta [...]. Tenga temor de Dios. Sea buena christiana porque todas las cosas le vengan en bien. [...]. Sea devota y tenga devucion en la Virgen Maria, y tambien a los sanctos y sanctas de Parayso porque todos sean en su adjutorio*”¹⁷.

Junto a todas las obras que hablaban de ese “arte de las comadres”, fue ampliándose el abanico de fuentes documentales hasta incluir libros de memorias, correspondencia privada o relatos locales, entre otros elementos, que contribuyeron al estudio de la vida cotidiana y de la obstetricia popular. Entre esas nuevas fuentes sobresale el caso de la

¹⁶ CARBÓN, Damián, *Libro del arte de las comadronas o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños...*, Mallorca, Hernando de Cansoles, 1541, fols. 11v-13.

¹⁷ *Ibidem.*

excepcionalidad de las cartas públicas de parto localizadas en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza, una del 12 de marzo de 1487 y otra del 10 de enero de 1490, cuyo origen se encuentra en que dos mujeres de la élite zaragozana habían enviudado estando embarazadas, por lo que solicitaron presencia notarial y de testigos para evidenciar que las criaturas que iban a nacer eran hijos biológicos suyos. La carta de 1487 pertenece al parto de la ya mencionada Juana de Torrellas, viuda del jurista y ciudadano zaragozano Felip Tarín, y la de 1490 pertenece al parto de Isabel de la Caballería, miembro de una de las familias más poderosas del reino y viuda de Pedro de Francia, señor de Bureta. Son dos mujeres preocupadas por dejar pruebas escritas de la legitimidad de sus hijos pensando en el futuro, “*de manera que nadie cuestione su descendencia ni pueda decir que ellas se valieron de criaturas ajenas para mantener sus propios derechos intactos*”¹⁸. Juana e Isabel buscaban con ello mantener sus derechos de usufructo sobre los bienes de sus difuntos maridos, puesto que en caso de no haber descendencia esos bienes eran devueltos a la familia del fallecido.

Otro documento llamativo data de 1488 y también fue redactado ante notario, donde se ilustra el importante trabajo de las comadronas y su consideración social; esta carta testimonial habla del alumbramiento de Perico Martín, cuya madre, Elvira de Esparza, falleció tras el parto. En ella se explica que el niño había nacido con una malformación, ya que su padre, el labrador vecino de Zaragoza Juan Martín afirmaba que “*nascio de la dicha mujer sin capillo en la pixa*”¹⁹. El documento pretendía dejar constancia de que el niño había nacido de esta manera por el miedo a que en un futuro fuese acusado de criptojudaismo si se llegaba a sospechar que había sido circuncidado. “*El niño había sido circuncidado por la naturaleza y no había mediado ningún ritual*”²⁰.

El común denominador de los tres documentos era la intervención de una de las comadronas más importantes de la Zaragoza del siglo XV, Catalina de Cutanda o madrina Salinas, viuda de Gabriel de Salinas; ella tenía un prestigio importante por su

¹⁸ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Op.cit.*, pág.33.

¹⁹ AHPZ, Protocolo de Miguel de Villanueva, año 1488, ff.39-40.

²⁰ *Ibidem*, pág.35.

portentosa experiencia, en la que confiaron las damas zaragozanas más importantes, las cuales podían permitirse el pago de las mejores parteras. Algunos autores afirman que era preferible que la partera fuese una mujer madura y viuda, porque este estado les permitía una mayor movilidad, o bien casadas que hubieran dado a luz varias veces, “ya que el hecho de ser madre otorga veteranía y experiencia en la propia carne, y un numeroso plantel de hijos propios contribuye a cualificarse para el ejercicio de la función de acompañar y cuidar la vida desde sus inicios”²¹. Estas parteras expertas siempre actuaban acompañadas de otras mujeres que se nutrían de su “honestissima arte”, al igual que estaban preparadas para hacer frente a partos normales o bien a partos más dificultosos en los que tanto la madre como la partera debían permanecer serenas para encontrar soluciones satisfactorias.

Además, las habitaciones en las que acontecían los partos se convertían en espacios sonoros, pues la parturienta está castigada con la llamada “maldición de Eva”, que supone el parir a tus hijos con dolor; en una cultura como la medieval, donde lo exterior debe captar la esencia de lo interior, y donde la realidad y su representación deben calcar lo mismo, las manifestaciones externas deben dar una idea clara de lo que está aconteciendo en cada momento, por lo que la mujer que se disponía a dar a luz debía expresar el dolor que estaba sufriendo mediante el grito, un grito que en algunas culturas servía para alejar a los malos espíritus. Durante el parto se gritaba mucho y solía hacerse culturalmente, además de ser un grito profiláctico porque todas las mujeres, salvo la Virgen María, estaban llamadas a sufrir en el parto. Con ello, en la Baja Edad Media, las mujeres que no manifestaban ese dolor comenzaron a ser consideradas dignas de admiración, lo cual fue el caso, según atestiguan algunas crónicas, de Isabel la Católica, a la que se consideró una mujer casi santa por no manifestar dolor durante los partos. Sobre este hecho hablan autores como Hernando del Pulgar, el cual señala el autodominio de la reina a la hora de no expresar dolor, o Lucio Marineo Sículo, cronista de la corte de la reina.

²¹ *Ibidem*, pág.36.

Cabe mencionar también el caso de María de Montpellier, esposa de Pedro II de Aragón; de ella habla Gauberto Fabricio de Vagad, cronista aragonés del siglo XV cuya obra más conocida es *Coronica de Aragon*, de la cual dice que no padeció mientras daba luz a su hijo el futuro Jaime I el Conquistador, ya que Dios velaba por ese parto, pues para ella había sido todo un logro quedarse embarazada de un esposo que no la quería. Según se cuenta en el *Libro de los Hechos*, se necesitó un engaño para que la reina quedase preñada.

Del mismo modo también se recurría a oraciones eficaces o reliquias e incluso algunos concilios eclesiásticos recomendaban que la madre se confesase antes de dar a luz al igual que redactase testamento por si falleciese. Junto a ello también es interesante la protección de santos y santas especializados en propiciar buenos partos, como era el caso de San Miguel Arcángel o Santa Margarita de Antioquía. El culto a Santa Margarita no tuvo tanto éxito en el Aragón medieval como en Castilla. A pesar de ello, algunas localidades aragonesas estaban bajo su patronazgo, como era el caso de Mirambel, en Teruel, o de Azara, en la Hoya de Huesca. Ello era así porque ya desde el siglo XIII apareció en Huesca una virgen muy potente y que protegerá a niños y embarazadas, la Virgen de Salas; se trata de un santuario mariano del Reino de Aragón muy importante que fue citado reiteradamente en las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio. En el caso de Zaragoza parece ser que las embarazadas y las mujeres que acababan de dar a luz se refugiaban en Santa María de Piedad.

También destaca el uso de “piedras” como los corales o la etites o piedra del águila, que se utilizaban para propiciar el buen parto y facilitar el embarazo. Esta piedra se aplicaba a las mujeres en cinta para evitar el aborto, y solían llevarla siempre consigo, puesto que la muerte siempre rondaba el inicio de la vida, algo temido pero a la vez aceptado, con oraciones que claman esa realidad temida o dichos como el de “*no morir de rayo por rayo, ni mujer en el parto, ni niño de espanto*”, según atestigua el propio Jean Delumeau en su obra *El miedo en Occidente*.

4. La crianza: la lactancia y la imagen de la nodriza.

Cuando la criatura llega al mundo, en primer lugar, la madrina se encarga de limpiarle el cuerpo con aceites aromáticos, vino y agua atendiendo con especial cuidado los orificios del cuerpo; a continuación comienza el fajamiento, cuya misión era moldear el cuerpo del recién nacido, lo cual seguramente le provocaría llantos desmesurados por la fragilidad de su cuerpo. Después la criatura debe ser alimentada, y en primicia todo apuntaba a que debía ser la madre la que amamantara al pequeño recién nacido. Algunos médicos y moralistas como Galeno o Plutarco eran férreos defensores de que la lactancia debía ser gestionada por la propia madre, denunciando el hecho de dejar que sus hijos fuesen amamantados por otras mujeres aunque la madre pudiese dar de tetar al niño. Los argumentos que defendían la lactancia materna incluían cuestiones de índole moral y fisiológica; como el niño, en el vientre, se había alimentado con los fluidos de la madre y estaba acostumbrado a ellos, la más idónea para alimentarlo una vez fuera del útero debía ser la madre.

Además, durante mucho tiempo se creyó que la leche era la sangre menstrual de la mujer, que al atravesar un proceso de cocción y batido, se tornaba blanca y subía hasta los pechos para alimentar al niño recién nacido. Este argumento era defendido por el propio Bartolomé el Inglés e incluso por el médico mallorquín Damián Carbón, quien establecía que “*la leche de la propia madre es nodrimiento de la misma calidad del que tomava en el vientre, porque la leche es del mismo sangre nutrimental de la madre, y mas, que el niño con mayor delectación lo toma por semejança y uniformidad*”²².

La defensa de la lactancia materna también va encaminada a los vínculos que se establecen entre la madre y su hijo cuando éste mama de sus pechos, porque la propia leche es transmisora de las virtudes y los defectos de quien nutre a la criatura. El ideal de la madre lactante se expresa iconográficamente en las representaciones de la *Maria*

²² CARBÓN, Damián, *Libro del arte de las comadres o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños...*, Mallorca, Hernando de Cansoles, 1541, fol.53; FLANDRIN, J.L., *La moral sexual en Occidente. Evolución de las actitudes y comportamientos*, Barcelona, J.Granica, 1984, pág.209.

Lactans o la Virgen dando de mamar al Niño Jesús, que se extiende a lo largo de todo el periodo bajomedieval.

Con ello debemos percarnos de la importancia que se otorgaba a la leche en su influencia en la personalidad de los sujetos, siendo en primera instancia la madre la persona más adecuada para amamantar a la criatura. La cosa más dulce que podían probar era la leche de su madre, produciéndose un vínculo afectivo entre la madre y el niño a través de la lactancia.

Pero por contraposición, también existen algunos factores que inciden negativamente en la lactancia materna, como por ejemplo la muerte de la madre durante el parto o los problemas económicos o culturales que obligan a recurrir, en muchas ocasiones, a la llamada “*lactancia mercenaria*”. También incide negativamente la aparición del calostro, una leche viciada que hace que se deba esperar cierto tiempo para dar de mamar a la criatura. Este argumento fue sostenido por autores como Paolo de Certaldo o Damián Carbón, el cual establecía “*que sea alongada del parto al menos un mes porque la leche fuese limpia de su purgación*”²³. A ello el médico mallorquín añadía que “*la madre no tenga calenturas ni males corruptores de la leche, que no quede preñada mientras críe, pues sobre vendría gran mal a la criatura, que no se incline a las cosas de la lujuria, que no sea iracunda para que no inflame la leche, y que sus pezones tengan un tamaño terciado, ni tan gran que provoque el vómito, ni tan chico que el niño no lo pueda tomar*”²⁴. Llama la atención la especial incidencia de este autor en que la madre se abstenga de criar mientras da de mamar, por lo que defendían que las mujeres no debían mantener relaciones sexuales en el momento de la crianza del niño recién nacido. Se creía que los contactos sexuales podían acabar con la amenorrea, lo que hacía que escasease la leche además de generarse líquido de mala calidad; “*aun peor, la madre podía quedar en estado y, necesitando el nuevo hijo la sangre para nutrirse en el vientre, impedía la subida de ésta a los pechos, con lo que se llegaba al gran peligro del*

²³ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Ayuntamiento, Delegación de Acción Cultural, 1990, vol.1, pág.73.

²⁴ *Ibidem*.

*lactante*²⁵. Se pensaba que si la madre se quedaba embarazada durante el periodo de lactancia de su hijo ya nacido, éste acabaría sin alimento porque su núcleo de origen se encontraba en la natura y en el menstruo, donde se estaba desarrollando el feto o *nasciturus*, por lo que el alimento dejaría de llegar hasta los pechos de la madre para abastecer a la criatura que estaba fuera del vientre y alimentar a la que estaba formándose en su interior.

Ante este problema la Iglesia establecía que los padres se abstuviesen de mantener relaciones durante el periodo de lactancia, a pesar de que el matrimonio suponía el cauce que servía para el intercambio sexual ordenado de la pareja, y si tenían hijos debían contenerse durante un largo tiempo, lo cual era una clara contradicción. Ante ello los moralistas tendieron a soslayar la cuestión, y cuando se enfrentaban a ella llegaban a conclusiones muy alejadas de la realidad. Como alternativa a la incontinencia sexual de los padres durante la lactancia, las familias que pudiesen permitírselo contrataban a nodrizas o amas de cría para que fuesen ellas las que amamantasesen a las criaturas sin que la madre corriese el peligro de quedarse embarazada.

Y es que aunque se defendiese la lactancia materna, en innumerables ocasiones se recurrió a la lactancia mercenaria, una tradición que venía heredada de antiguo cuando en la Roma imperial todas aquellas con leche disponible se reunían en la llamada “Columna Lactaria” para que fuesen contratadas como nodrizas. Ante esta costumbre, muchos autores medievales comenzaron a esgrimir descripciones de cómo debía ser el ama de cría ideal.

Ya Sorano de Éfeso, médico del siglo II d.C., proporcionó algunas de las primeras descripciones de la nodriza ideal aunque era partidario de la lactancia materna, cogiendo su relevo muchos autores posteriores que enunciarán las reglas para escoger nodriza. Las cualidades del ama engloban condiciones tanto físicas como morales y de carácter; debe contar con la edad adecuada, ni demasiado joven ni demasiado vieja, estimándose entre los 25 y los 35 años. “*Su color debe ser blanco rosado, nunca demasiado flaca,*

²⁵ *Ibidem.*

*aunque tampoco grasa y blanda [...]. El pecho amplio y las mamas fuertes, ni grandes ni chicas, no alargadas, con pezón suficiente y cálidas [...] para que temple la leche y faciliten la digestión del lactante. Por supuesto perfectamente bien de salud, y prueba de ello será la frescura de su aliento*²⁶. “*El parto de la nodriza no debe estar demasiado cercano –no se habría efectuado la purgación-, ni demasiado alejado –la leche se habría debilitado, sería vieja-. La leche óptima tiene color blanco, pues ni el verdoso ni el amarillento son buenos [...]. Su sabor tenderá a dulce y su textura será uniforme y abundante, sin que por ello forme espuma*²⁷”.

La nodriza también debe reunir una serie de condiciones morales, ya que como establecía Damián Carbón, “*mas trae las costumbres el niño del ama que del padre ni de la madre, y por eso es de mucho mirar que sea bien morigerada y discreta*”²⁸. Ya desde la Antigüedad venía conociéndose la idea de que la leche de la nodriza trasmítia al niño sus virtudes y sus defectos, y por ello los padres debían buscar un ama lo más parecida posible a la madre, tal y como establecían autores como Aldobrandino de Siena, Bartolomé el Inglés, Francesco Barberino o Paolo de Certaldo. La nodriza debía ser “*una mujer prudente, de buenos hábitos y costumbres, que no sea de baja condición, honesta, templada -ni iracunda ni soberbia- y sin inclinaciones lujuriosas*”²⁹. También existía la prohibición de contratar para los niños cristianos nodrizas judías o moras debido a la posibilidad de que el niño adquiriese sus mismas creencias a través de su leche.

Algo impensable era el hecho de que las criaturas fuesen amamantadas con la leche de animales, lo que para las teorías bajomedievales suponía una monstruosidad; Paolo de Certaldo decía que “*el niño o la niña alimentado con leche de animales no tiene una inteligencia normal como el alimentado con la leche de mujer, sino que siempre tiene*

²⁶ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Op.cit.*, pág.75.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ CARBÓN, Damián, *Libro del arte de las comadres o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños...*, Mallorca, Hernando de Cansoles, 1541, fol.55v.

²⁹ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Op.cit.*, pág.76.

*cara de estúpido y vacuo y de no estar bien de la cabeza*³⁰. A pesar de las advertencias de los especialistas de la época, es bien sabido que la leche de animales se ha utilizado para alimentar a los niños desde tiempos remotos. Ya se encontraron de en torno al 2000 a. C. biberones de todo tipo de materiales, y en la Edad Media aparecen documentados los llamados biberones de cuerno o “cuernos de mamar”.

Sobre la duración de la lactancia, algunos autores como Martin McLaughlin indicaban que a pesar de la escasa documentación se estima que el periodo de lactancia para la Baja Edad Media podía hallarse entre el año y los tres años, con más tiempo para los varones que para las niñas. Autores antiguos como Sorano hablaban de entre año y año y medio, y otros de dos años de lactancia e incluso más allá de los dos años. Entre la documentación encontramos para la ciudad de Zaragoza el caso de María Garcés, quien recogió a un niño abandonado en la puerta de la Seo en 1421³¹. En 1429 falleció su marido el barbero Luis de Olmedo, por lo que María quedó en una situación precaria para seguir criando al pequeño expósito de nombre Pedro, que contaba con casi ocho años por aquel entonces. Al no poder mantenerlo la viuda firmó al niño con Juan Tirado para que éste lo tuviese a su lado hasta los dieciocho años seguramente como aprendiz. Ella explica en el documento que al niño le había dado de mamar durante tres años, “*e aquel crie tres anyos a la leyt de mis peytos*”³², periodo recomendado por la Iglesia, por lo que María se nos presenta como una madre ejemplar. Ello indica que existía la posibilidad de alargar la lactancia hasta los tres años, aunque lo normal en los contratos de crianza era establecer una duración de en torno a un año.

La edad de destetar, según la documentación, estaría entre el año y medio y los dos años, aunque este periodo pudo ampliarse en muchos casos hasta los tres años o incluso acortarse por los nuevos embarazos de las madres o las nodrizas. Las familias que pudiesen permitírselo alargaban el tiempo de lactancia, pero en las que no podían sufragar los gastos de la crianza los niños podían sufrir un nefasto destete prematuro. Lo

³⁰ Paolo da CERTALDO, *Libro di buoni costumi*, Firenze, 1945, págs.233-195.

³¹ AHPZ, Protocolo de Juan de Peramón, año 1429, f.

³² *Ibidem*.

normal era que la criatura tetase hasta que pudiese porque si el niño se destetaba prematuramente corría graves riesgos. Este era el motivo por el cual a muchos de los niños abandonados era preferible adoptarlos cuando ya hubiesen superado la edad del amamantamiento.

Sobre la frecuencia de las tomas y su duración no se sabe prácticamente nada, aunque algunos autores hablan de unas dos o tres veces al día durante dos años; otros como Damián Carbón aconsejaban que el niño tetase tres veces de día y tres de noche, a pesar de que ello debía ser diferente según las clases sociales. El modelo ideal de niño lactante era una criatura rolliza, aunque este hecho seguramente no se cumpliese entre los niños del común por la deficiencia en la alimentación de sus madres.

En cuanto a la lactancia mercenaria y las nodrizas, en ciudades como Zaragoza fue muy típico el contrato de nodrizas entre las capas altas de la sociedad y las gentes más acomodadas. Además, según algunos datos este negocio podría llevar cierto control tal y como ocurría en otros lugares como fue con el caso de la esposa del mercader de Prato Margarita Datini, la cual a la altura de 1400 se encargaba de buscar amas de cría para amigos y familiares; ello fue así según algunos documentos que atestiguan su figura de intermediaria, como en uno en el que establece: “*he encontrado una [nodriza] que tiene leche desde hace dos meses, y ha prometido que si su pequeño, que está a punto de morir, muere esta noche, vendrá tan pronto como lo entierre*”³³. Lo normal era también que fuese el padre el que se encargase de contratar al ama de cría, al igual que algunos testimonios de Florencia y otras ciudades toscanas muestran que los contratos se efectuaron entre el padre de la criatura y el marido del ama.

Estas nodrizas normalmente no eran vecinas de la ciudad en la que iban a hospedarse, además de que probablemente hubieran perdido un hijo recientemente y por ello tenían leche suficiente como para amamantar a otro niño. En Italia, Francia, Inglaterra y en otros países europeos que han sido estudiados desde este punto de vista, lo más habitual era enviar a los niños al campo para que fuesen amamantados por los llamados nodrizos

³³ ORIGO, I., *The Merchant of Prato*, London, 1957, págs.200-201.

o “padres de leche”. De otro lado, las nodrizas que residían en las casas de los que las contrataban, no solían ejercer su oficio teniendo con ellas a sus hijos biológicos, los cuales eran abandonados o enviados a casas de otras personas para que se encargasen de ellos mientras su madre trabajaba como ama de cría.

En muchas ocasiones algunos autores como Peter Laslett sacaron a la luz la correlación existente entre el abandono de niños y la lactancia mercenaria, ya que el nodrizaje proporcionaba un buen sustento para aquellas madres solteras que hubiesen trabajado como sirvientas o muchachas de pueblo con escasos recursos como para mantener a sus hijos. A pesar de los continuos escritos de la época sobre las condiciones morales que debía tener la nodriza ideal, este hecho parecía no importar demasiado y solían tenerse en cuenta más los aspectos físicos y la salud del ama que sus aspectos morales.

Junto a ello cabe destacar que los contratos solían firmarse por un periodo de en torno a un año con la posibilidad de ampliarlo, y su sueldo oscilaba entre los 120 y los 170 sueldos jaqueses junto a la entrega de algunas ropas³⁴. En estos contratos también se especificaba que la nodriza debía seguir una buena dieta sobre todo de cara a la calidad de la leche, siendo el pan y el queso los alimentos más adecuados. El ama de cría debía permanecer junto al lactante sin poder abandonar la casa de sus contratantes, al igual que tampoco podía abandonar la ciudad sin permiso.

Sobre la lactancia mercenaria materna, se han encontrado documentos del siglo XV que atestiguan que en Aragón se contrataron como nodrizas a las propias madres, sobresaliendo dos grupos de mujeres: las madres solteras y las viudas con hijos pequeños. El caso de las madres solteras, por su parte, podría deberse a relaciones de amanceamiento en las que ellas, en vez de recurrir al abandono como ocurría en incontables ocasiones, decidieron retener con ellas a esos hijos ilegítimos. Durante el tiempo en que amamantaban y criaban al niño les eran entregados una serie de bienes o un salario que garantizasen su subsistencia.

³⁴ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Op.cit.*, págs.85-86.

En cuanto a las viudas, cuyo número era mucho mayor que el de las madres solteras, las mujeres que ejercieron de nodrizas siendo madres solían enmarcarse en el artesanado vecino de la ciudad³⁵. Si su familia al fallecer el padre disponía de cierta estabilidad, la viuda podía heredar los bienes que le hubiese dejado su marido para poder de este modo mantener a sus hijos junto a ella. Pero si la situación económica en el momento del óbito del cabeza de familia era precaria, debían buscarse unos tutores para que se encargasen del cuidado de los hijos porque la viuda no tenía los recursos suficientes como para mantenerlos junto a ella. Por tanto, era la causa económica la principal a la hora de establecer los contratos de crianza con las propias madres.

³⁵ GARCÍA HERRERO, M^a Carmen y PÉREZ GALÁN, Cristina, “Lactancia materna remunerada en la Baja Edad Media aragonesa: La demanda de Gilia de Puértolas (Jaca, 1436)” *Perséfone. Ediciones electrónicas de la AHEM/UMA. Monográfico a la memoria de María Teresa López Beltrán*, 2013, págs. 79-96.

5. La infancia en sí: familia, bautismo, sentimientos y características en el periodo bajomedieval.

A pesar de que muchas veces pueda parecer contradictorio, “*a los hombres y mujeres de fines del siglo XV les gustaban los niños, eran sensibles a los encantos de la infancia, al candor y la inocencia específica de la etapa inicial de la vida*”³⁶. Los niños eran seres amados tanto por lo que podían llegar a ser como por lo que eran, y son numerosas las representaciones en las que aparecen los santos y la Sagrada Familia en su primera etapa vital. El periodo bajomedieval experimentó sensibilidad hacia la infancia, por lo que se multiplican las escenas sobre acontecimientos como la matanza de los inocentes, la temática en torno a la madre que amamanta o Virgen de la Leche, y la de Santa Ana enseñando a leer a la Virgen Niña.

Los matrimonios se unen con la misión de engendrar hijos legítimos en un mundo donde la esterilidad era vista como una maldición; en muchas ocasiones, se atribuye a la brujería la imposibilidad de procrear buscando una especie de cabeza de turco como ocurriría tiempo después con las cazas de brujas centroeuropeas. Que los hijos muriesen durante el parto se veía como algo habitual aunque doloroso, y eran esos niños los que pasarían a “*engrosar las filas de los angelicos del Paraíso*”³⁷.

Aunque se presentasen dificultades y la muerte siempre acechara, por lo general –y dentro de las condiciones de su contexto histórico- las gentes del siglo XV amaban a sus hijos y eran conscientes de sus deberes paternos, los cuales cambiaban según la clase social aunque su finalidad era siempre la misma: educar a los varones para que pudiesen valerse por sí mismos y formar su propia familia y a las niñas, portadoras de una dote idónea, encontrarles un marido adecuado.

³⁶ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media*, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.), Zaragoza, 2005, pág.47.

³⁷ *Ibidem*, pág.49.

Y dentro de la propia familia, los padres desean que los hijos se amen entre ellos y no haya discordias entre los hermanos, los que deben unirse para defender a su familia y sus derechos, al igual que para resolver los problemas comunes que pudieran surgir. Pero sin lugar a dudas, parte importante forman los abuelos dentro de la propia estirpe familiar; ellos se consagran a través de los recuerdos infantiles que dejaron en sus nietos. Muchos son los documentos en los que pueden atestiguarse estos hechos y que permiten reconstruir el interior de los hogares y contemplar escenas familiares que suelen presentarse envueltas en un velo de nostalgia. Los abuelos ejercen la misión de transmitir a sus nietos la memoria colectiva, creencias, ritos, costumbres y gestos que pasarán de generación en generación, por lo que la sociedad bajomedieval se presenta como un periodo que respetaba profundamente a sus mayores; “*el hecho de haber acumulado un importante bagaje vital y haber llegado a la «antigüedad» [...] dota a la persona de una autoridad moral, de una sabiduría que no debe desaprovecharse*”³⁸.

Pero dentro de las familias nucleares en ocasiones surgen verdaderos problemas, sobre todo si la muerte de uno de los cónyuges o una ruptura entre los padres acababa quebrando la unidad familiar. Si los niños tenían “*edat de stetar*”, éstos permanecían junto a su madre hasta que acabase el periodo de lactancia; pero cuando esa etapa finalizaba, en muchas ocasiones los hijos e hijas se incorporaban a otros hogares como mozos y mozas de servicio y/o aprendices; incluso podían ser dados en adopción a matrimonios sin hijos. Algunas disposiciones forales presentan negros cuadros de orfandad, con niños desatendidos y mal alimentados por sus padrastrós, los cuales se presentan como sinónimos de perversidad en buena parte de la cuentística tradicional.

Más negro aún era el panorama de los hijos ilegítimos y bastardos, aunque distinto entre las familias reales y de la nobleza que entre las del común. Ante embarazos no deseados podía recurrirse a sustancias abortivas que facilitasen la expulsión de las criaturas muertas en el vientre, ya que el infanticidio había quedado reducido a casos puntuales. En la Baja Edad Media, la práctica más común para deshacerse de los hijos indeseados era el abandono, y en este sentido cobraron importancia hospitales como el de la Santa

³⁸ *Ibidem*, pág.56.

Creu de Barcelona o el de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza. Para alimentar a los expósitos, el hospital contaba con el llamado “*corredor de nodrizas*”, encargado de buscar mujeres con leche disponible para que trabajasen en la institución. Muchos de esos abandonos fueron fruto de relaciones de amancebamiento, o bien hijos de muchachas muy jóvenes preñadas por sus amos o los hijos de sus amos y que no podían hacerse cargo del cuidado de esos niños.

Además, sobre la mortalidad infantil y el bautismo, aunque no haya fuentes que establezcan porcentajes exactos sobre la mortalidad de los niños para ciudades como Zaragoza, se conocen algunos libros de defunciones, como el de la parroquia de San Pablo, una de las más importantes de la época, que hacen constantes alusiones a la muerte de los pequeños; ello hace pensar “*en lo cotidiana que debía resultar la frustración del embarazo y la muerte de los niños durante el parto*”³⁹.

Y siendo una época en la que la religiosidad impregnaba todos los aspectos de la vida, una cuestión fundamental era que los niños muriesen habiendo recibido el sacramento de iniciación del bautismo, por lo que si suponemos que la mortalidad infantil era alta, el retardar el bautismo era considerado como una “*inaudita crueldad*” y como algo perverso. Retardar el bautismo hacía que el alma de los niños sin bautizar corriese peligro porque sólo mediante él podría acceder al Reino de los Cielos, siendo el principal encargado de administrar el sacramento el propio sacerdote e incluso, en caso de extrema necesidad, cualquier otro clérigo, un laico, una mujer o el padre o la madre. En ocasiones pudo ser incluso la comadrona que asistió el parto, de ahí que deba ser una mujer devota y de buenas costumbres como establecían algunos tratados médicos. En los casos en los que la madre fallecía durante el parto, si el niño continuaba vivo en su interior debían extraerlo y bautizarlo inmediatamente, porque “*el sentimiento de fatalidad, de castigo divino y de mal agüero que acarreaba la muerte de un recién nacido, podía agravarse con la sensación de culpabilidad si el pequeño fallecía sin recibir el bautismo. La privación de sepultura cristiana y la salvación inalcanzable para el alma del no bautizado resultaba cada vez más insoportable conforme va*

³⁹ GARCÍA HERRERO, M. C., *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, 1990, vol.I, pág.58.

*evolucionando el concepto de infancia*⁴⁰. A pesar de que ese sentimiento se suavizaba con la idea del Limbo y su función de intermediario para el alma de los niños sin bautizar, “*el pensamiento de las almas de los no bautizados vagando sin descanso entre el Cielo y la Tierra en espera del Juicio Final sigue resultando inquietante*⁴¹.

Desde fines del siglo XIV se documenta un fenómeno muy llamativo consistente en la peregrinación de los padres con sus hijos difuntos sin bautizar a determinados templos donde enterrarlos y garantizarles el sacramento, y ello es una muestra más de la preocupación y el amor paternales. La documentación muestra en repetidas ocasiones el dolor que experimentan los padres ante la muerte de sus hijos, porque ese nuevo sentimiento hacia la infancia propicia “*una nueva sensibilidad ante el fallecimiento de los niños*⁴². Y no solo la documentación sino también la iconografía comienza a reflejar ese sentimiento de dolor de la madre ante la muerte de sus hijos, como bien muestran las representaciones de la Matanza de los Inocentes, porque ante la muerte de un hijo deseado siempre se manifestaba la sensación de frustración y dolor. La solución para aquellos padres que hubiesen perdido a sus hijos se enmarcaba en la adopción de niños abandonados, una práctica documentada a lo largo del periodo bajomedieval.

Junto a ello y en primer lugar se puede decir que el traer hijos al mundo se consideraba una bendición y la esterilidad, como ya he mencionado, era considerada como una maldición. Tanto la esterilidad como la muerte de las criaturas durante el parto o a posteriori causaba un profundo desasosiego, y en ocasiones estos hechos eran interpretados o bien como un castigo divino o por el contrario, provocados por la mediación de la hechicería y la brujería e incluso por el mal trabajo de las comadronas. En definitiva, el matrimonio tenía la función primordial de engendrar hijos legítimos, y provocaba un sentimiento total de frustración el no poder tenerlos; ello fue lo que le ocurrió, por ejemplo, a la ya mencionada Margarita Datini, esposa del importante mercader de Prato Francesco di Marco Datini, la cual canalizaba su capacidad maternal

⁴⁰ *Ibidem*, pág.59.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² *Ibidem*, pág.60.

insatisficha hacia los hijos de sus amistades e incluso llegó a admitir a un hijo bastardo de su esposo para criarlo como hijo propio. Algo similar le ocurría también a doña María, esposa de Alfonso V el Magnánimo, la cual aparte de no poder procrear siempre tuvo problemas en su “natura” y procuró cuidados casi maternales a las dos primeras hijas bastardas de su marido, incluso cuando este marchó a Italia.

Y es que la descendencia era un tema capital en la Baja Edad Media, porque “*los hijos e hijas, si eran «buenos» y sabían cumplir como tales, proporcionaban seguridad y tranquilidad en la etapa final de la vida*”⁴³. Los descendientes eran un bien necesario, tanto para la perpetuidad del grupo como de la dinastía en las familias reales, en las que los hijos varones eran considerados un don de Dios.

Pero a pesar de todo ello y de la importancia otorgada a la descendencia, el amor hacia los hijos no resultaba siempre evidente, aunque haya algunos testimonios indubitables que lo prueban, porque sin lugar a dudas el sentimiento que caracteriza este periodo de la Historia es el de la ambivalencia.

Los primeros años de vida eran cruciales para la formación de la personalidad y el carácter propios; “*el niño, la niña van aprendiendo quiénes son a partir de los reflejos que sobre su propia identidad y sobre su propio cuerpo, intelecto y sensibilidad les envían los adultos*”⁴⁴. Ellos mismos irán construyendo una imagen de sí a partir de los mensajes de los otros, unos mensajes que en innumerables ocasiones se transmitieron a través de castigos físicos y psíquicos; estos actos fueron interpretados por muchos historiadores a la luz de su propio contexto, los cuales condenaron la crueldad de las actitudes de las gentes bajomedievales hacia los niños. Pero ello supone un grave error, ya que lo primordial en estos casos es entender el porqué de esos actos y situarnos en su contexto, puesto que tratar de justificar o “ablandar” esas actitudes supone un falseamiento de la Historia sin precedentes, tal y como exponía Lloyd Demause.

⁴³ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media*, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.), Zaragoza, 2005, pág.64.

⁴⁴ *Ibidem*, pág.66.

El propio William L. Langer, profesor de Historia en Harvard, expuso que “posiblemente, el trato despiadado de los niños, desde la práctica del infanticidio y el abandono hasta la negligencia, los rigores de la envoltura en fajas, la inanición deliberada, las palizas, los encierros, etc., era y es simplemente un aspecto de la agresividad y la残酷 que hay en el fondo de la naturaleza humana, de la indiferencia innata respecto de los derechos y sentimientos de los demás. Los niños, al ser físicamente incapaces de oponer resistencia a la agresión, eran víctimas de fuerzas sobre las cuales no tenían control y eran maltratados en muchas formas imaginables y en algunas casi inimaginables que expresaban los motivos conscientes o las más de las veces inconscientes de sus mayores”⁴⁵. La agresividad humana toma su forma en la indiferencia ante el sufrimiento ajeno, aunque esa残酷 siempre solía actuar desde la inconsciencia del ser humano más que desde la conciencia.

En el periodo bajomedieval la ambivalencia hacía que los niños fuesen vistos “como seres inútiles, indiscretos, olvidadizos, inconstantes, indignos de confianza, perezosos, mentirosos, fuente de preocupación y trabajo para los mayores, entre otras cosas, por sucios y llorones”⁴⁶. Ese sentimiento podía provocar el hecho de que los niños, a través de esta imagen, se diesen cuenta de lo poco que contaban y viesen la infancia como una etapa que había que soportar y resignarse cuya única positividad era su limitada duración y transitoriedad, tal y como establece M. J. Tucker. Los niños se veían como seres incompletos y llenos de incapacidades que se muestran en expresiones como “aún no habla” o “todavía no sabe calzarse ni vestirse”⁴⁷.

Sin embargo esa imagen negativa se contrarrestaba con otros mensajes cargados de autoridad como el de Jesús de Nazaret que había afirmado que sólo aquellos que encarnasen la virtud y la inocencia de los infantes entrarían en el Reino de los Cielos; fue ese sentimiento de inocencia el rasgo más positivo de la infancia durante la Baja Edad Media, y “suponía admitir que los pequeños no dañaban deliberadamente y

⁴⁵ LANGER, William L., diciembre de 1973, prólogo a la obra colectiva *Historia de la infancia*, libro, pág.68-69.

⁴⁶ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Op.cit.*, pág.71.

⁴⁷ GARCÍA HERRERO, M. C., *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, 1990, vol.I, pág.91.

*estaban dotados de una pureza tal que, si morían después de su bautizo, ingresaban directamente e inmediatamente en el Cielo*⁴⁸. Nada más nacer los niños debían ser bautizados, porque si alguno moría sin recibir el sacramento de iniciación en el dogma cristiano no podría acceder al Reino Celestial. Las almas de los pequeños difuntos vagaban sin rumbo si no habían recibido el bautismo, siendo el Cielo o el Infierno lugares inaccesibles para ellos por no haber conocido el pecado, al igual que el Purgatorio, lugar de paso para purgar los pecados cometidos, por lo que sus almas errantes producían miedo y angustia en las gentes bajomedievales. El Limbo tampoco era adecuado para alojar a las almas de los pequeños difuntos por ser considerado como un “infierno atenuado”, donde “*los pequeños no encontraban felicidad y sosiego*”⁴⁹. Como solución a este problema y como ya he citado, hallaron el nacimiento de una serie de templos especializados en la resurrección de los niños muertos durante el tiempo necesario para que sus almas recibiesen el sacramento del bautismo; durante la ceremonia y para todos aquellos que pudiesen permitírselo, se vestía a los niños de blanco, color que simboliza pureza e inocencia y que estuvo muy vinculado con la infancia.

Ese sentimiento de inocencia de los niños hizo que durante la Baja Edad Media estuviese muy condenado el crimen cometido con la Matanza de los Inocentes, donde el asesinato de los niños era considerado algo abominable e intolerable. La historia que gira en torno a ese crimen cuenta que los judíos secuestraban, torturaban y mataban a un niño para recrear la muerte de Cristo a modo de representación de la Pasión. Esta historia supuso una de las fuentes de las que bebían muchas de las masacres antisemitas del momento, abundando en las causas de la expulsión de los judíos de España, lo cual, al tiempo, atestigua el acto de reacción de la sociedad ante la tortura infantil.

Sin embargo, ese sentimiento de inocencia muchas veces se vio acompañado por lastres como el llanto desmedido; en un mundo lleno de supersticiones, puede creerse que “*si el llanto se prolonga indefinidamente y más si se presenta acompañado de gritos, sea*

⁴⁸ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media*, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.), Zaragoza, 2005, pág.72.

⁴⁹ *Ibidem*, pág.74.

asunto diabólico”⁵⁰. Una de las pruebas de madurez más sólidas del periodo era el que un adulto fuese capaz de soportar serenamente el llanto de las criaturas, porque un niño que llorase incansablemente podía correr verdaderos riesgos ante una mala reacción de sus progenitores, cegados por la inconsciencia producida por la molestia del llanto. Muchas veces se consideró a los niños con llanto incesante como engendros de cuya actitud no eran culpables por ser víctimas de una posesión demoníaca. Existió la creencia en toda Europa de que los niños de espíritu sereno y tranquilo podían ser sustituidos por seres malignos, tal y como cuentan algunos tratados bajomedievales como el *Malleus Maleficarum* de Sprenger y Krämer o algunos opúsculos de Lutero. Y como forma de contrarrestar ese llanto terrible, algunos autores consideran que los fajamientos de los niños nada más nacer pudieron llevarse a cabo precisamente para obstaculizar el llanto.

Además y por otro lado, la infancia era la etapa vital en la que se transmitía la conciencia socializada, una conciencia heredera del ambiente familiar y del hogar que marcará el primer tramo del largo camino de la vida. “*Mediante galardones y castigos los padres y los educadores, y también las autoridades, avivaron la memoria de los niños con la intención de que determinadas pautas, reglas y normas quedaran grabadas para siempre en el interior y no se diluyesen o evaporasen fácilmente*”⁵¹. El hecho de asociar lo que debía recordarse con el sufrimiento físico fue algo a lo que se recurrió frecuentemente porque resultaba muy eficaz. “*Los primeros años de la vida son capitales para la formación de la conciencia moral de las personas. Las nociones de bien y de mal aparecen muy pronto en la vida de los niños*”, y se debe “*juzgar y calibrar lo bueno y lo malo, lo que se puede y se debe hacer y lo prohibido*”⁵²; a esas reglas y pautas es a lo que André Rochais, experto en la formación del carácter humano y en las relaciones humanas y la pedagogía, llamó “conciencia socializada”, porque todo en la infancia “*debe servir para que los niños integren estas leyes culturales y se adapten a ellas porque su cumplimiento tiene la finalidad de garantizar la*

⁵⁰ *Ibidem*, pág.77.

⁵¹ *Ibidem*, pág.85.

⁵² *Ibidem*.

supervivencia, pero también de mantener el orden establecido y perpetuar la reproducción del sistema”⁵³. Esas reglas y pautas sociales varían en función del sexo y la clase social, por lo que no son universales, en las que “*los principios de obediencia, sumisión y respeto a la autoridad de los mayores, gratitud hacia los predecesores y utilidad se repiten incansablemente*”⁵⁴. Niños y niñas deben ser “*obedientes, respetuosos, dóciles, agradecidos, laboriosos y conscientes de la deuda insalvable que han contraído hacia sus mayores desde su llegada al mundo*”⁵⁵.

Por tanto, los niños y las niñas van aprendiendo conforme pasa el tiempo a través de ese conjunto de pautas marcadas por la sociedad y que los formará como personas con valores distintos dependiendo tanto del sexo y la clase social como de la época, hasta llegar al final de esta etapa inicial de la vida para entrar de lleno en la juventud y convertirse en “*pubers*” antes de la llegada a la adultez. La infancia finalizaba distintamente dependiendo de los grupos sociales y del sexo; entre las capas altas de la sociedad, las niñas podían permanecer en un estado de “*infantilismo*” durante mucho más tiempo que las niñas del común y hasta que contraían matrimonio, que en muchos casos podían hacerlo a partir de los 12 o 14 años. Además de ello, en incontables ocasiones tanto los niños como las niñas se vieron obligados a trabajar desde una edad muy temprana, ya sea como sirvientes o bien como aprendices en algún taller artesanal. Muchas niñas pertenecientes a los estratos menos privilegiados podían ver interrumpida su infancia de forma brusca por no poder ser mantenidas por sus padres, por lo que muchas de ellas acababan trabajando como sirvientas en las casas de las gentes pudientes; el que algunas de ellas se desplazasen hasta las ciudades suponía dejarles una puerta abierta ante el mundo de la prostitución, ya que eran el sector de la sociedad más vulnerable ante violaciones y abusos sexuales de todo tipo.

Sobre los aprendizajes iniciales, por su parte, el niño debe gozar desde su nacimiento de una crianza adecuada y completa y de un ambiente propicio para

⁵³ *Ibidem*, pág.86.

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ *Ibidem*.

desarrollarse; deben mimarlos y cuidarlos, mecerlos suavemente y “*despues haganle musicas con suaves cantos y no impetuosos porque lo inclinen a dormir*”⁵⁶. Una vez llegadas al mundo las criaturas eran fajadas, unas fajas cuya misión era moldear sus frágiles cuerpos y que podían usarse como ropa interior.

Además, desde que nacen hasta aproximadamente los seis o siete años, los niños normalmente eran criados en entornos femeninos, siendo fundamental la presencia de la madre a la hora de educar al niño en la primera etapa vital. La mayoría de los consejos pedagógicos de la época recaían, pues, sobre las madres, al igual que las críticas en caso de una mala formación.

Por tanto, en la primera etapa de la vida era fundamental la influencia materna, al mismo tiempo que las diferentes “subetapas” dentro de la infancia se medían más por las incapacidades de los niños que por el desarrollo que fuera adquiriendo su cuerpo. Todavía se ignora la edad en la que los niños comenzaban a caminar, aunque algunos autores hablen de que el niño debía empezar a andar en cuanto supiese sostenerse solo, tal y como establecía Walter of Bibesworth, al igual que también se desconoce el momento exacto en que empezaban a articular sus primeras palabras. Lo que sí se sabe es que la presencia de la madre y de otras mujeres en estos actos era más que evidente.

La atención al niño dependía de la cantidad de hermanos que tuviera así como del nivel económico de su familia. También resulta llamativo que en las fuentes se atestigüe la frecuencia de accidentes sufridos por los niños durante la primera infancia, muchas veces atribuidos a la “*desidia materna*”⁵⁷. “*Ariès sostenía la tesis, continuada por otros historiadores como Flandrin, de que los padres eran menos cuidadosos con sus hijos por razones no sólo materiales, sino también culturales, pues su actitud mental estaba ligada al sistema demográfico, y en una sociedad en la que los niños abundaban tanto, eran menos valorados que en la sociedad contraconceptiva*”⁵⁸.

⁵⁶CARBÓN, Damián, *Libro del arte de las comadres o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños*, Hernando Cansoles, 1541, fol.55

⁵⁷ GARCÍA HERRERO, M. C., *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, 1990, vol.I, pág.97.

⁵⁸ *Ibidem*.

A ellos se añadía el hecho de que la madre tuviese que trabajar fuera del hogar para mantener a la familia, lo que contribuía a la desatención de los niños. Algunos autores como Eiximenis condenaban el “*exceso de mimos*”⁵⁹, y sus críticas iban dirigidas especialmente a los grupos de mujeres pertenecientes a las capas altas de la sociedad.

También nos encontramos en la documentación que a pesar de la ambivalencia característica de todo el periodo bajomedieval, los testimonios de protección de la madre hacia su hijo son innumerables; sobre ello aparece el curioso ejemplo de un proceso datado de 1499 contra una tal Juana de Clares y un tal Juan de Salcedo, su amante, por haber asesinado a su marido Martín de Burgos. “*La actitud maternal de Juana cobra todo su significado al considerar que ella está de acuerdo en que Salcedo dé muerte a su marido, así no lo expulsa de la casa, sino que le pide que se oculte para que su hijo no le vea*”⁶⁰. Ella abrazó a su hijo para que en el momento en que fuese cometido el crimen éste no recibiese ningún daño ni viese cómo mataban a su padre.

Junto a ello, algunos testimonios literarios como el caso de Francesco Barberino hablan de que los niños comienzan a andar y a hablar después del destete, y para dar sus primeros pasos, se sabe que existía el llamado “andador de ninyo”. De este artilugio había dos modelos, uno formado por correas que a modo de tirantes permitían dirigir los pasos del pequeño, y el otro, mucho más sofisticado y similar a nuestro tacatá, era un carrito de ruedas o sin ellas, tal y como aparece en algunas representaciones iconográficas.

Otro problema característico del periodo medieval es lo referente a la formación moral del niño; autores como Giovanni Dominici en su tratado *Regola di governo di cura familiare*, habla de que las madres deben enseñar a sus hijos imágenes “*que les refuercen espiritualmente*”⁶¹. Para los niños, este autor recomienda imágenes de Jesús

⁵⁹ *Ibidem*, pág.98.

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ *Ibidem*, pág.99.

mamando o durmiendo en el regazo de la Virgen, lo cual reforzará el vínculo entre madre e hijo. También conviene que aprecien imágenes en las que aparezcan juntos Jesús y el Bautista de niños, lo “*que estimulará su valoración de la amistad*”⁶², junto a imágenes de la Matanza de los Inocentes “*para que aborrezcan las armas y templen su natural violento*”⁶³. Para las niñas, se recomienda observar la imagen de Santa Inés o de Catalina con la rueda, su símbolo parlante, lo que motivará, entre otras cosas, “*su afán de castidad*”⁶⁴.

Pero a pesar de su inocencia, otros autores como Giovanni Morelli hablan de que a partir de los tres años los padres, y en especial la madre, deben abstenerse de acariciar y besar al niño, además de que éste debe empezar a dormir solo. También se recomendaba que no se mezclaran los sexos, aunque ello rara vez se cumplía, porque la nueva moral, cada vez más estricta y que ya anunciaba lo que sería la Modernidad, pretendía evitar que los niños ni presenciasen ni oyeseen asuntos relacionados con el sexo. El ideal de que los niños aprenden lo que ven comenzaba a asentarse en algunos grupos sociales.

Al mismo tiempo, los sentimientos que la infancia despertaba en los adultos siguen siendo un tema muy complejo. Se sabe que en muchas ocasiones los niños formaban parte de los juegos y fiestas de los adultos, lo cual se refuerza con plasmaciones como las del pintor flamenco Brueghel. Demause, por su parte, advierte que entre los siglos XIV y XVII se extendió un periodo de ambivalencia en el que el niño podía acceder a la vida afectiva de sus padres, aunque éstos debían tomar parte en su formación. Autores como Flandrin establecieron que las actitudes hacia la infancia comenzaron a variar ya en los siglos XII y XIII, donde el niño comienza a verse como un sujeto independiente, mientras que el propio Ariès hablaba de que el niño empezó a tenerse en cuenta dentro de la vida familiar en el siglo XVI. Sin lugar a dudas, es ese sentimiento de ambivalencia el que podría caracterizar el periodo bajomedieval y el Cuatrocientos.

⁶² *Ibidem*.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ *Ibidem*.

En definitiva, el niño es un ser dependiente por sus incapacidades corporales y mentales, estando en pleno periodo formativo, al igual que es inocente; “*el niño provoca ternura y afán de protección, crea obligaciones. Al mismo tiempo los niños deben ser educados y criados, y el término que responde a esta tarea, [...], es gobernar a los pequeños. La actitud del niño hacia el adulto, independientemente de su categoría social, debe ser de servicio, acatamiento, obediencia, honra y respeto y el niño adquiere tantas o más obligaciones hacia sus progenitores que estos hacia él desde el momento en el que llega al mundo*”⁶⁵.

⁶⁵ *Ibidem*, págs.101-102.

6. Los juegos y la imagen del niño en las fiestas.

El historiador holandés Johan Huizinga en su famosa obra *Homo Ludens* estableció que el juego proporciona al ser humano una válvula de escape que le permite aligerar las tensiones que, inevitablemente, se producen en la vida diaria, y un espacio privado en el que puede crear sus reglas, controlar sus actos y transformar su propia vida convirtiéndose, aunque sea por un espacio de tiempo limitado, en el principal protagonista. Según Huizinga, la principal característica del juego es la libertad con la que se practica. A través de él se canalizan las rivalidades personales o grupales, se legitiman comportamientos que no son aceptados por la realidad cotidiana y se proporciona alivio a las precarias condiciones en las que transcurre la vida de la mayor parte de la población del pasado.

La infancia, durante el periodo medieval, solía denominarse como “edad de los juguetes” o “edad del juego”; ya de forma temprana se desarrolla en la criatura el gusto por el juego, ante lo que los moralistas advierten de la gran utilidad que podía tener el juego para la educación de los niños, por medio del cual transmitir valores que perdurases para siempre. La documentación encontrada hasta la fecha parece indicar que tanto niños como niñas jugaban juntos en el periodo medieval, al igual que no existían maestros jugueteros especializados. Eran los propios maestros artesanos los que las más de las veces se encargaron de elaborar diversos juguetes, algunos de ellos muy sofisticados, como ocurrió en Huesca cuando a mediados del siglo XIV decidieron obsequiar al infante Juan, hijo de Pedro IV y Leonor de Sicilia y futuro Juan I de Aragón, regalándole un caballito de madera pintada con su silla, freno y arnés, pagando por él 75 sueldos jaqueses⁶⁶; también es curioso el encargo por parte de los Reyes Católicos, un siglo después, de vestiditos para las muñecas de las infantas elaborados por un sastre valenciano llamado Maestre Martín, por los que pagaron 39 sueldos⁶⁷.

⁶⁶ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media*, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.), Zaragoza, 2005, pág.83.

⁶⁷ *Ibidem*; BERNIS, C., *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos. I. Las mujeres*, Madrid, 1978, pág.43.

El juego comienza a verse como un elemento fundamental para la formación del niño, y se establece que los padres no prohíban a sus hijos jugar, “*pues la naturaleza en crecimiento impulsa al pequeño a correr y saltar, a un movimiento continuo*”⁶⁸. Lo que sí se critican son aquellos juguetes “poco espontáneos” como los caballitos de madera, pájaros de imitación o tambores dorados, entre otros, que solo les sirven para estimular la vanidad. Y ello es así porque “*el juguete, al igual que el vestido y otros signos externos, plasma las diferencias socioeconómicas entre los niños, los objetos complicados y hermosos si existen, pero están vedados a la inmensa mayoría*”⁶⁹.

Además, la arqueología evidenció la escasa calidad de los juguetes, muchos de ellos elaborados con materiales perecederos, aunque existen vestigios de juguetes sofisticadísimos que hacían que los moralistas se echasen las manos a la cabeza porque por ese hecho de habituar a los pequeños ya desde la infancia a la vanidad; “*debía cuidarse el contenido y dinámica de lo lúdico para que fuera introduciendo a cada cual en el papel que había de desempeñar en el futuro, ya que a casi nadie se le ocultaba la permeabilidad y capacidad de absorción de los niños*”⁷⁰.

Además, muchos inventarios muestran la entrada y salida de distintos juguetes como pelotas o muñecas de madera y papel, que viajan de un lugar a otro⁷¹. Los juguetes solían ser objetos medianamente caros, y a veces eran parte del regalo de un padre viajero cuando regresaba a su casa. La iconografía muestra como los niños jugaban con caballitos de madera o con pequeñas espadas, y las niñas bordaban trapitos de labores, porque “*el juego tiene un valor formativo, de aprendizaje inicial de las propias*

⁶⁸ GARCÍA HERRERO, María del Carmen., *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, 1990, vol.I, pág.102.

⁶⁹ *Ibidem*.

⁷⁰ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Op.cit*, pág.84.

⁷¹ Pueden rastrearse voces como “monyequa”, “monequicas”, “monjequiqua”, a las que a veces se adjetiva: “de criatura”, “de paper”, o “pellota”, “pillota”, “juguets”, “gugetiellos”, “joguets”, adjetivados como “de ninyos”, “de mocets”, “de infant”, etc. en SESMA MUÑOZ, José Angel y LÍBANO ZUMALACÁRREGUI, Ángeles, *Léxico del comercio medieval en Aragón (siglo XV)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1982.

funciones”⁷². Los pequeños pasarán la mayor parte de su infancia jugando en el exterior, en la calle, corriendo e improvisando diversiones en las que participarán tanto niños como niñas, lejos de las recomendaciones de algunos tratadistas. Sin duda, la infancia ha sido y es uno de los momentos más creativos de la vida.

Por su parte, también resulta interesante la presencia y participación de los infantes en las fiestas, habiéndose conservado algunos ejemplos que atestiguan este hecho. La fiesta y las diversiones responden a la necesidad que tiene el ser humano de reír, disfrutar y evadirse de la realidad cotidiana, marcada por el trabajo y las obligaciones que le imponen la satisfacción de las necesidades materiales, propias o familiares. Las autoridades civiles son conscientes de su necesidad y su utilidad política y propagandística a la vez que temen los peligros que pueden ocasionar los desórdenes públicos. Los moralistas también reconocen la necesidad de distracción, aunque ven en las diversiones la puerta por la que de forma sutil y placentera penetran el vicio y el pecado en el alma humana.

Y es que el ser humano es un ser social que vive en comunidad y, como tal, está permanentemente sujeto a las normas de convivencia que le imponen los diferentes grupos de los que él forma parte, desde el núcleo familiar hasta las instituciones, que le ponen en contacto con Dios y con el Rey. Con ello, la búsqueda del equilibrio personal entre las obligaciones y las diversiones, las frustraciones y las gratificaciones y del equilibrio social, por parte de los poderes públicos, entre el control de la población y la necesidad de proporcionarle un entretenimiento que le alegre y le distraiga para evitar males mayores, es una constante histórica.

Las fiestas permiten observar y comprender los aspectos más diversos de la sociedad, desde las creencias y las formas de sacralización hasta la transmisión de mensajes culturales y las formas de sociabilidad, expresado a través de un lenguaje de rituales, ceremonias y usos que rompen con la cotidianidad del día a día. En la Edad Media, la festividad se fundamentaba sobre todo en la religión y en el ciclo agrario, que divide las

⁷² GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Op.cit*, pág.103.

estaciones del año, junto a las fiestas cívicas y patronales propias de cada localidad o profesión, las conmemoraciones políticas, con la exaltación y propaganda del poder regio o señorial, junto con las fiestas familiares como las bodas, los bautizos o los funerales. Muchas de esas celebraciones incorporan juegos y diversiones, y tienen un carácter de relación entre lo sagrado y lo profano. Las fiestas dividen el tiempo y rompen con lo cotidiano, siendo elementos esenciales de socialización, con la alteración tolerada del orden habitual, además de ser momentos de importante comunicación⁷³.

Como la fiesta es un elemento socializador, donde todo el mundo se moviliza y participa, para el poder político es uno de los elementos de persuasión más efectivos y perfectos, donde todo tiene como finalidad el control de la sociedad. El poder, a través de la fiesta, controla a la sociedad porque con ello puede controlar el tiempo, además de que las ceremonias son también momentos donde se puede poner en cuestión el orden social, y es por este motivo por lo que el poder se inmiscuye controlándolas. Las fiestas suponen la expresión de la estructura social de un grupo, junto al hecho de servir también, al igual que el juego, como vehículos de “educación” de la sociedad mediante las representaciones religiosas o políticas que en ellas se llevan a cabo⁷⁴.

Según la historiadora Raquel Homet, uno de los testimonios más tempranos en los que se menciona la participación tanto de niños como de adolescentes en las fiestas es la *Historia Compostelana*, crónica del siglo XII en la que se narran las hazañas de Diego de Gelmírez, arzobispo de Santiago de Compostela en ese mismo siglo. En la crónica se mencionan algunas de las ocasiones en las que la población de Compostela salió a recibir a su señor Diego de Gelmírez y en las que se aprecia la participación de niños y adolescentes. La primera de las ocasiones data de 1111, en la que se conmemoró la liberación de Gelmírez, y la segunda se trata de un acto colectivo datado a fines de marzo de 1112, cuando el arzobispo regresó junto con los obispos Orense, Mondoñedo y Oporto⁷⁵.

⁷³ LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *Las fiestas en la cultura medieval*, Areté, Barcelona, 2004.

⁷⁴ *Ibidem*.

⁷⁵ HOMET, Raquel, “Niños y adolescentes en fiestas y ceremonias”, en *En la España Medieval*, Universidad Complutense de Madrid, 2001, nº 24, págs.145-169; pág.148.

En ambos actos los niños participan, primero junto con sus madres o hermanas por su corta edad y luego como parte de la representación de la integridad de los miembros del cuerpo social. Ambas celebraciones destacan por su armonía, aunque ello distaba, seguramente, de la realidad, porque una de las expresiones patrocinadas por el arzobispo era precisamente esa concepción de que el cuerpo social, “*como el tiempo y el espacio, expresa la armonía y la jerarquía del todo y el camino para realizar el bien del alma*”⁷⁶.

Y es que este tipo de recepciones ante un señor e incluso ante el propio rey oponen la armonía social con el caos de la violencia, y la presencia de los más jóvenes de la comunidad representaba un acto de socialización y de integración al conjunto de la sociedad.

Además, junto al ejemplo de la *Historia Compostelana* también aparecieron algunos testimonios de participación infantil en recepciones al señor y al rey en el entorno de la Corona de Aragón. Estos hechos se atestiguan, entre otras fuentes, en el *Llibre dels Feits* o *Libro de los Hechos* de Jaime I; “*en el contexto de recuperación del poder regio [...] el rey Jaime se aprestó a retomar sus derechos y a su entrada en Huesca –anterior al 30 de marzo de 1227- «los infants e la gent menuda hagren gran alegria de la Nostra venguda»*”⁷⁷. Aquí se expresa, una vez más, un trasfondo providencial al mencionar a los niños, seres virtuosos representantes de la inocencia y amados tanto por Dios como por Jesús, quien sentía predilección por ellos según algunos pasajes bíblicos. “*Los niños y los humildes simbolizan la pureza que conoce la palabra de Dios*”⁷⁸.

Ramón Muntaner, cronista catalán de las gestas de grandes reyes como Jaime I o Alfonso IV de Aragón entre los siglos XIII y XIV, también habló sobre los recibimientos de los miembros de la casa de Aragón. Él habló de la llegada de Pedro III

⁷⁶ *Ibidem*, pág.150.

⁷⁷ *Ibidem*, págs.150-151.

⁷⁸ *Ibidem*, pág.151; *Mt* 19, 13-25, *Mc* 10, 13-16, *Lc* 18, 15-17.

a Sicilia en 1282 para luchar contra los angevinos, hecho que fue comparado con la guía de Moisés del pueblo de Israel hacia su salvación, tal y como cuenta el Antiguo Testamento. En el texto aparecen manifestaciones populares de alegría por la llegada del rey donde también se hace mención de la participación de niños.

El hecho de evidenciar la presencia en estos actos y celebraciones de todos los sectores de la sociedad, tanto hombres como mujeres y niños, trata de mostrar a la comunidad armónicamente integrada con un trasfondo político al igual que religioso, ya que “*en todos los casos, el providencialismo historiográfico [de las crónicas] permite insertar a la infancia como etapa privilegiada del plan divino*”⁷⁹.

Lo mismo ocurre en *Los hechos del condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, del siglo XV y de autor anónimo y donde se relata el gobierno del favorito regio en Jaén, obra en la que se reitera la presencia infantil en las distintas celebraciones. Aquí se narran, entre otros acontecimientos, las fiestas navideñas de 1463 en las que tras un juego de cañas que representaba una especie de batalla entre moros y cristianos los participantes llegaron hasta la residencia del condestable y fueros allí agasajados: “*E de allí toda la cavallería et grant gent de pié de onbres et niños vinieron a la posada del dicho señor Condestable, con mucho placer et alegría, dando gritos et boces, do a todos generalmente dieron colación de muchas frutas et vinos*”⁸⁰. Aquí, la presencia de niños vuelve a ser una alegoría de sentimientos y adhesiones político-religiosas; “*al asociar a los niños a ellas [las celebraciones] se les inculcaba desde pequeños la adhesión al señor en cuyo palacio remataban el convite, el aprendizaje de las técnicas de combate y la superioridad de la religión cristiana*”⁸¹.

También se menciona la presencia de niños en la fiesta de la Pascua del Espíritu Santo o de Pentecostés, ya que antiguamente, durante los primeros siglos del cristianismo, la noche anterior a Pentecostés se administraba el bautismo a los catecúmenos.

⁷⁹ *Ibidem*, pág.152.

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ *Ibidem*, pág.153.

Y sin lugar a dudas, dos eran las fiestas bajomedievales en las que la presencia de los infantes era más que evidente: las llamadas “fiestas del obispillo” y las del niño rey. Ambas solían celebrarse entre noviembre y enero, entre el final del otoño y el comienzo del invierno. La fiesta del obispillo solía celebrarse en honor a San Nicolás, patrón de los niños y los inocentes, y tenía una función didáctica que trataba de recordar la fragilidad de las posiciones sociales al igual que aficionar a los niños al oficio sacro a través del sermón que debía dar el “obispillo” elegido por los mozos. Esta celebración desaparecerá con el Concilio de Trento por el nuevo regimiento de la moral cristiana⁸².

Sobre las fiestas del niño rey quedan testimonios procedentes de Francia, aunque en el ámbito peninsular también se celebraban; se conserva documentación sobre dicha celebración en Moulins, situada en la región de Auvernia, el día de Reyes de 1364, en tiempos del duque Luis de Bourbon. La fiesta consistía en coronar como rey por un día a un niño de entre los más pobres de la ciudad, al cual se vestía con un traje real y era agasajado por los oficiales cortesanos. Al día siguiente este niño comía como el rey en la mesa de honor y se oficiaba una colecta para él que se entregaba al finalizar el convite a sus padres.

También resulta llamativa la ceremonia del amojonamiento entre Jaén y Andújar de la primavera de 1471, en la cual se atestigua la presencia de niños, mozos y muchachos cuyo propósito, según cuenta la crónica, era dejar constancia de la celebración. Tanto los niños como los muchachos desarrollaron actividades de tipo lúdico-ritual, cuyo objetivo era el consenso “*de las generaciones más jóvenes, fundado en la participación en ritos propiciatorios*”⁸³. En la celebración había catorce mojones, y en cada uno de ellos se iban realizando juegos protagonizados por niños y mozos, destacando los rituales seguidos en algunos de ellos.

⁸² LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *Op.cit.*

⁸³ HOMET, Raquel, *Op.cit.*, pág.156.

Además, durante la ceremonia los muchachos y los niños se mojaban entre sí y se sumergían en el agua, representando a modo de bautismo la muerte y el renacimiento. Del mismo modo también se realizaban símiles de batallas que tenían, según autores como el psicoanalista Sigmund Freud, una función canalizadora de las rivalidades y tensiones entre las diferentes partes enfrentadas, en este caso, entre dos grupos procedentes de Jaén y de Andújar. El juego fue presidido por el condestable, el cual impuso las reglas que debían seguir al igual que dio orden de finalizarlo, emulando su autoridad y restaurando el orden social entre ambas comunidades.

Junto a este tipo de celebraciones también se encuentra en la documentación la presencia de niños y jóvenes en ceremonias públicas, en las actuaciones escénicas, en la liturgia o bien incluso en las instituciones municipales. Por ejemplo, destaca el caso de la escenificación de breves piezas de contenido religioso-moralizante, en las que aparecen niños representando algunos papeles como a Jesús recién nacido en las festividades navideñas o bien al Mesías durante su infancia. Los niños de estas funciones se convertían en vehículos de transmisión del mensaje espiritual para la sociedad, acercando la historia del Nuevo Testamento a la realidad cotidiana.

También aparecen niños interviniendo en la liturgia colaborando en el oficio junto al sacerdote, como el ejemplo de Jaén durante el día de San Lucas, en el que se celebraba misa solemne y una procesión en la que al llegar al altar en honor al apóstol “*yva el preste con dos niños que trayan los cirios al altar de la dicha capilla. E acabando el Te Deum laudamus, los dichos dos niños dicían vn verso de la fiesta*”⁸⁴.

La presencia de los niños en la liturgia tenía “*un sentido de formación espiritual y moral de los pequeños protagonistas*”, porque se consideraba a los infantes “*intermediarios privilegiados con el más allá en razón de la pureza atribuida a las almas infantiles*”⁸⁵.

⁸⁴ *Ibidem*, pág.164.

⁸⁵ *Ibidem*, pág.165.

A parte de la liturgia, los niños también participaban en una práctica muy reiterada en los siglos bajomedievales y que se reservaba para los niños de siete años: la extracción de los nombres de las personas elegidas por sorteo para desempeñar determinadas funciones públicas. Esa “*participación antedicha parece destinada a garantizar simbólicamente, mediante las presencias infantiles, la honorabilidad del procedimiento de elección*”⁸⁶, porque aunque eran niños apunto de superar la primera etapa de la infancia y por lo que gozaban de cierto nivel de madurez para desempeñar esta función, todavía conservaban ese ápice de inocencia y pureza de la infancia y que garantizaba que el sorteo se había efectuado sin fraude.

Por tanto, la presencia de jóvenes y de niños en las celebraciones tenía, posiblemente, una misión socializadora del individuo que se representaba con los sentimientos de pureza y bondad transmitidos por la infancia, al mismo tiempo que su presencia podía asociarse a la ambigüedad con la que se apreciaba la etapa infantil en los siglos bajomedievales y la maleabilidad con la que las autoridades, ya no solamente los padres sino también el rey, la Iglesia o el señor, trataban las conductas infantiles, ejerciendo al máximo su capacidad de coerción de la sociedad a través de la imagen de la infancia.

⁸⁶ *Ibidem*, pág.166.

7. Los indeseados: infanticidio, aborto y abandono. Los hospicios.

Con asiduidad, las prácticas relacionadas con la desaparición de los hijos indeseados, como el aborto o el infanticidio fueron utilizadas en el marco de las relaciones extraconyugales. Ya desde el alto Medievo, la Iglesia condenó firmemente la práctica del aborto, al que consideraba uno de los crímenes más horribles por privar a un alma inocente del bautismo y la salvación eterna. Los casos de aborto podemos encontrarlos en momentos en los que ocultar el embarazo era algo imposible, ya que autores como Wrigley o Flandrin apuntaban la peligrosidad de su práctica, mucho mayor que la del parto normal.

Pero frente al aborto, uno de los métodos más eficaces para hacer desaparecer a esos vástagos indeseados y que venía heredado desde la Antigüedad era sin lugar a dudas el infanticidio. En la Edad Media seguía habiendo casos de esta práctica, aunque ahora ya no será el padre sobre el que recaiga la responsabilidad de aceptar o no a ese hijo ilegítimo como lo era en la cultura grecorromana, sino que el haber engendrado a un hijo fuera del matrimonio será considerado como uno de los pecados de las mujeres. Los hijos que nacían con deformidades, por ejemplo, eran vistos como la “*plasmación fehaciente del pecado sexual de sus padres*”⁸⁷, porque “*los hijos anormales pregonan la desviación de sus padres y se convierten en continuo motivo de vergüenza*”⁸⁸.

Otra cuestión llamativa del infanticidio era por ejemplo que en el periodo medieval quedó enmarcado como un delito cometido por madres solteras sin recursos para mantener a ese hijo indeseado o que hubieran sido incapaces de ocultar el embarazo. Y uno de los recursos a los que se recurría con mayor frecuencia era la sofocación, una especie de “infanticidio involuntario” que podía pasar como un accidente en el que la madre o la nodriza acostada en su lecho junto al niño lo aplasta hasta provocarle la

⁸⁷ GARCÍA HERRERO, María del Carmen., *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, 1990, vol.I, pág.63.

⁸⁸ *Ibidem*, pág.64.

asfixia. Este hecho motivó a la Iglesia a defender la utilización de la cuna, objeto encargado de evitar riesgos al niño. Las primeras representaciones pictóricas de cunas datan del siglo XIII, y ya en el siglo XV aparecen en la documentación importaciones y exportaciones de cunas de madera o de mimbre. También pudieron hacer las funciones de cuna elementos como arcas, artesas o cajones.

Además, junto al aborto o el infanticidio, la práctica más reiterada durante el medievo fue el abandono de recién nacidos, cuyo germen podríamos rastrearlo en la Antigüedad con la práctica de la exposición, consistente en dejar al hijo indeseado a la intemperie y “depositando en manos de los dioses la responsabilidad final de su vida o de su muerte”⁸⁹. El abandono supone una rama de la exposición en la que se procura buscar una situación propicia para que el niño sea recogido y criado por otros por caridad, no solo abandonarlo a su suerte o la de Dios. Por ello, los lugares más propicios para abandonar a los niños eran las iglesias, “pues la apelación a la caridad cristiana alcanzaba en estos casos su grado más alto”⁹⁰.

De ello tenemos un ejemplo de 1429 en el que María Garcés, mujer del barbero Luis de Olmedo, recogió a un niño abandonado en la puerta de la Seo zaragozana el día del Corpus Christi de 1421; ello lo hizo porque se le había muerto un niño y todavía tenía leche en sus senos como para amamantar a otro niño, dando de tetar al pequeño expósito durante tres años.

Entre la tipología de los abandonados encontramos a hijos legítimos que pudieron ser abandonados por la muerte de uno de sus padres o de ambos, por la pobreza o por sus defectos físicos. Esos abandonos solían llevar tras de sí un motivo económico, aumentando en momentos de crisis o catástrofes como las epidemias de peste, las hambrunas o las guerras. Era la muerte del padre una de las razones más sólidas que conllevaban el abandono de un hijo legítimo, porque en muchas ocasiones las viudas quedan en situaciones muy precarias que las obligan a deshacerse de sus hijos; la

⁸⁹ *Ibidem*, pág.66.

⁹⁰ *Ibidem*.

muerte de la madre también es importante porque si el padre no gozaba de un buen sustento económico difícilmente podría contratar una nodriza, y si se trataba de hijas, los padres viudos tendían a abandonarlas con más asiduidad que a los varones.

Frente a los legítimos, los hijos ilegítimos conforman el grueso de los niños abandonados por ser un motivo de vergüenza pública; de entre ellos un alto porcentaje lo conforman los bastardos nacidos de relaciones sexuales mantenidas por los amos o sus hijos con las esclavas, o también con las mozas de servicio. Son esas muchachas jóvenes dedicadas al servicio doméstico el grupo más vulnerable de la sociedad ante todo tipo de abusos sexuales, ya que aparecen numerosos ejemplos de muchachas que habían sido violadas por sus señores. Además, también era frecuente el abandono de hijos nacidos bajo adulterio o bien de los nacidos fruto de una relación de amancebamiento.

Y junto a la caridad cristiana encontramos la proliferación de centros dedicados a dar asilo a los echadizos; este es el caso de los hospicios, edificios encargados de acoger a los niños abandonados, y cuyo objetivo era integrar a esos niños y niñas en la sociedad para que no formasen parte del sector marginal de la población. El primero fue fundado por el arcipreste Datheus de Milán en 787, al tiempo que encontramos la construcción siglos después del hospital del Santo Spirito de Roma por el papa Inocencio III, “*para evitar que las madres se deshicieran de sus recién nacidos lanzándolos al Tíber*”⁹¹. En 1445 encontramos la apertura en Florencia del Hospital de los Inocentes, un asilo infantil para niños abandonados, o en 1425 con el Hospital de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza, que aparte de albergar a pobres, enfermos y locos también tenía salas destinadas a acoger a los niños abandonados en la ciudad y sus alrededores.

Uno de los mejores ejemplos que conservamos sobre este tipo de instituciones hace referencia al Hospital de la Santa Creu de Barcelona, muy importante en el siglo XV y en el que se albergaron cientos de expósitos y huérfanos. El hospicio se abrió en 1401 mediante la unificación de varios hospitales de la Ciudad Condal: el de Marcús, Pere

⁹¹ *Ibidem*, pág.67.

Desvilar, el de Sant Marcià y el de Colom, y fue construido en tiempos de Martín I el Humano en la zona del Raval. A través del archivo del hospital y el de Sant Pau se ha podido reconstruir su funcionamiento, donde se alberga el *Libro de Expósitos* de entre los años 1413 y 1414.

Según los testimonios que se han ido recuperando, posiblemente los pequeños abandonados vivían en una situación de marginación ya desde su llegada al mundo; ya fuere por su situación de abandono, por carecer de las condiciones mínimas de subsistencia como la alimentación y la vestimenta, o bien por verse expuestos ante el cuidado de desconocidos y a una constante circulación que les impedía establecer lazos afectivos con sus cuidadores.

La zona del Raval barcelonés en pleno siglo XV era un lugar muy concurrido durante el día, con una intensa vida popular de vecinos y vecinas que recorrían sus calles y sus puestos. Pero era el silencio y el anonimato de la noche lo que permitía que las pequeñas criaturas fueran abandonadas en las puertas del hospital. Una vez allí, los pequeños eran amamantados por una de las nodrizas de la casa encargadas de alimentar a los expósitos.

Estos niños abandonados se encontraban solos frente al mundo, desligados de todo; no conocían a sus padres y ni siquiera se conocían tan apenas huellas de su procedencia. La soledad era algo terrible en la época medieval por ser un mundo regido por la vida en comunidad por encima del individuo, con estrechas relaciones interpersonales, sociales y familiares fundamentales para la supervivencia. La mayoría de estos infantes eran “hijos de la miseria”, de las familias más desvalidas de la sociedad barcelonesa. También solían ser hijos de mujeres internas en el hospital, ya fuesen enfermas, prostitutas o en general personas necesitadas, las más vulnerables de la sociedad⁹².

Con ello encontramos el ejemplo de Agnès, una niña que fue abandonada en el hospital por su padre, un tal Guillem Jover; el documento establece que “*fue la pobreza de la*

⁹² SHAHAR, Schulamith, *Childhood in the Middle Ages*, London, Routledge, 1990, pág.37.

*familia y la dificultad para alimentarla lo que les hizo tomar la decisión de dejarla allí. Agnès sería amantada por cinco nodrizas distintas*⁹³:

“Agnes es filla d'en Guillem Jover de Barchinona qui sta prop Muntalegre, absent, la Muller del qual hac en I part Quatre creaturas, o axis diu e per sa malaltia e pobresa no podie nodrir dues filles que romaseren vives del dit part e portarem la una, que és la dita Agnès a l'hospital a III de agost l'ayn MCCCCXII”⁹⁴.

También aparece el caso de un tal Anthoni, hijo de Francesca “la loca”, cuya posible incapacidad hizo que el niño pasase a ser cuidado por las nodrizas del hospital, al igual que Jordi y Johan, cuyas madres fueron esclavas, formando parte del sector más marginal de la sociedad. Martinico era hijo de una *mundaria*, es decir, de una prostituta, y probablemente fruto de una relación ilegítima. Estas mujeres, en los siglos medievales, eran vistas como el símil de la noche y el pecado, siendo aisladas, repudiadas y apartadas del conjunto de la sociedad de la época, además de vivir en lugares periféricos como las mancebías.

Esclavas, prostitutas, enfermas y pobres no se integraban en los cánones sociales, morales o económicos del momento, por lo que eran consideradas diferentes e incluso inferiores. La sociedad veía a sus hijos como seres desprotegidos aunque con el estigma de una naturaleza corrupta, estando condenados a la marginación ya desde su nacimiento. Fue la situación de miseria y de exclusión la que obligó a estas mujeres y a las familias más pobres a abandonar a sus hijos, y de su pésima situación económica hablan los atuendos con los que las criaturas llegaban al hospital, con ropa vieja, raída y apedazada⁹⁵.

⁹³ ILLANES ZUBIETA, Ximena, “Pequeños marginados: niñas y niños abandonados en el Hospital de la Santa Creu (siglo XV), Pontificia Universidad Católica de Chile, Universitat de Barcelona, Dialnet.

⁹⁴ AHSCP, *Libro de Expósitos* 1412-1413, fol. XLIIv.

⁹⁵ VINYOLES I VIDAL, María Teresa, “Els infants abandonats a les portes de l'hospital de Barcelona (1426-1439), Manuel Riu (ed.), *La pobreza y la asistencia a los pobres en la Cataluña medieval*, Barcelona, C.S.I.C., 1981.

La pobreza de estos pequeños queda latente en que llegan al hospital carentes de las necesidades básicas de subsistencia, entre ellas el alimento; la inmensa mayoría llega en edad de lactar, por lo que inmediatamente pasan a ser atendidos por una “*dida de casa*” o nodriza que estaba permanentemente en el hospital para atender a los niños hasta que fuese sustituida por otra mujer. Estas nodrizas solían recibir un sueldo por día, junto a otras que cobraban al cabo del mes por permanecer un periodo más prolongado, al igual que había otras que trabajaban de forma caritativa y sin percibir un sueldo. Estos hechos atestiguan la preocupación de la institución por satisfacer las necesidades básicas de estos pequeños, lo cual siempre fue más importante que seguir al pie de la letra los consejos de los moralistas de la época sobre cómo debía ser la nodriza ideal. A pesar de ello, sí se preocuparon por la calidad de la leche e incluso se encuentran comentarios sobre algunas nodrizas sospechosas de alimentar a los niños con leche de cabra, algo impensable para la época por la creencia de que a través de la leche el niño adquiriría las mismas características psíquicas que el animal. Fueron los paganos los que alimentaban a sus hijos con leche de animales para desarrollar su salvajismo, junto al hecho de creer que aumentaban las posibilidades de contraer enfermedades y alcanzar la muerte, pues las condiciones higiénicas eran muy precarias⁹⁶.

También se aprecia la preocupación por que la nodriza no estuviese alimentando a dos criaturas al mismo tiempo, pues ello supondría reducir la cantidad de leche al igual que su calidad, perjudicando la salud del niño. A pesar de ello hubo algunas excepciones como fue el caso de la pequeña Francesca, la cual había sido atendida por cuatro nodrizas distintas siendo siempre devuelta por su roña. El alimentarla era muy urgente por estar enferma, por lo que el prior del hospital decidió comprar una cabra para alimentarla con su leche.

Junto a todo ello destaca el alto índice de circulación de estas criaturas; en primer lugar recibían los cuidados de diferentes nodrizas en sus casas, y a los dos o tres años estos niños regresaban al hospital comenzando una nueva etapa de su vida. El hospital se

⁹⁶ SHAHAR, Schulamith, *Op.cit.*, págs.53-54.

hacía cargo de ellos y los preparaba para la vida laboral del futuro, a las niñas para trabajar como sirvientas y criadas y a los niños como aprendices en los distintos gremios artesanales u otros lugares similares. En ocasiones los niños regresaron antes de finalizar su etapa de lactancia por diversas razones, ya fuese por posibles enfermedades, por la intolerancia hacia su llanto, un embarazo de la nodriza, por ser devueltos a sus familiares biológicos o por falta de leche, entre otros motivos.

Un ejemplo de ello es el caso de la pequeña Violant, depositada en el Hospital de la Santa Creu un 6 de agosto de 1412; “sólo sabemos que tiene entre cuatro y cinco meses de vida y lo más seguro es que los dos primeros días haya sido amamantada dentro del recinto por las dides de casa. El 8 de agosto la niña es encomendada a Agnès, mujer de Antoni Carbonell, quien vive en la calle d'en Juglar y a quien se decide pagarle 16 sueldos y 6 dineros por un mes de cuidado. Al cabo del tiempo establecido, Violant es restituida al hospital donde la amamanta por una noche Costança, mujer de Jordi Miró. Luego regresa a casa de Agnès por aproximadamente un mes para ser restituida nuevamente al hospital. Entonces se le paga a Joana, mujer de Joan Ferrer para que alimente y cuide por dos jornadas completas, antes de volver nuevamente al hospital. Al cabo de un tiempo Violant vuelve a emprender viaje a casa de Antònia, viuda de Pere Roig, pero sólo está un mes a su cargo, antes de ser devuelta una vez más al recinto. Desde allí, es encomendada a Isabel, hija de Joana, mujer de Ramon d'Alçanic quien la tiene sólo tres días antes de pasar a manos de otra mujer por una noche y regresar por enésima vez al hospital. Finalmente la pequeña emprende un último viaje al quedar a cargo de Francesca, mujer de Arnau Sanç de Barcelona. Será la estadía más larga, a pesar de que Violant sólo alcanza a estar dos meses y algunos días a su cargo, pues muere el 29 de enero de 1413 en casa de Francesca. Se la entierra después de cinco meses y 22 días de haber arribado por primera vez al hospital de la Santa Creu, cuando tiene apenas diez meses de vida. La pequeña Violant descansa en paz”⁹⁷.

⁹⁷ ILLANES ZUBIETA, Ximena, “Historias entrecruzadas: el período de la lactancia de niñas y niños abandonados en el mundo femenino de las nodrizas durante la primera mitad del siglo XV”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 43/1, enero-junio 2013, págs.159-197, pág.160.

Estos niños del hospital barcelonés siguieron en innumerables ocasiones caminos muy distintos; muy pocos pudieron recordar el rostro de aquellos que reemplazaron a su madre, mientras que la mayoría creció con la incertidumbre de no reconocer las diferentes manos, tratos y voces que estuvieron a su lado durante los primeros años de su vida. Su calidad de vida fue mucho peor que la de aquellos que fueron criados por sus padres, lo cual queda demostrado por el hecho de que la mortalidad entre los pequeños abandonados era muy superior a la de los niños cuidados por sus madres. En este caso específico, hubo un 41,4% de pequeños/as que murieron antes de los tres años de vida, no solo por la inestabilidad de su situación, sino principalmente por estar peor alimentados y tener las defensas más bajas, al igual que por las enfermedades que contraían: la roña, la tiña, la viruela y la disentería.

Con todo ello podemos hacernos una idea de lo difícil que pudo ser para estos niños establecer relaciones de confianza y afecto con las personas. Su vida era una constante de inestabilidad, lo cual se sumaba a la desgracia de su situación de abandono y desamparo. A pesar de que el hospital intentó integrarlos en la sociedad a través del aprendizaje y los contratos de trabajo, siempre estuvieron marcados por el estigma de la marginación. Estos infantes se convertirían, en muchas ocasiones aunque hubo excepciones, en adolescentes sin clase social, sin familia, completamente aislados y sin el derecho al sostén de la comunidad.

8. Conclusiones.

A través de estas páginas hemos podido comprobar cómo la imagen que se tenía de los niños y niñas bajomedievales ha ido evolucionando conforme las investigaciones han ido abordando y ahondando el estudio histórico de la infancia. En la cultura occidental, uno de los pioneros incuestionables de esta y otras cuestiones fue Philippe Ariès, el cual sacó a la luz y puso en la palestra el análisis de la situación y valoración infantiles durante el Antiguo Régimen. A partir de sus conclusiones comenzaron a surgir multitud de estudios que se encargaron de matizar, contestar o contradecir algunas de sus hipótesis y afirmaciones. Entre ellos hubo autores tan destacados como el modernista Jean-Louis Flandrin, quien esbozó la teoría de que en la Edad Media sí se representaba a los niños en los registros iconográficos, aunque con el aspecto de adultos en miniatura. Sin lugar a dudas, ha habido grandes figuras en el debate sobre historia de la infancia, como el francés Jacques Le Goff o el americano Lloyd Demause, editor y coordinador de una obra de referencia, en la que esbozó seis etapas la evolución de los sentimientos que los adultos fueron experimentando con respecto a los niños desde la Antigüedad hasta nuestros días.

En la Baja Edad Media, los pequeños llegaban al mundo rodeados de un ambiente femenino, el de las cámaras de parto, en las que las comadronas se encargaban de ayudar a la madre a dar a luz a su criatura. Esas comadronas no poseían una específica formación académica, pero su trabajo se nutría de la práctica y de la experiencia (como cualquier otro oficio artesanal), hasta llegar a convertirse en expertas en su arte. Desde el período bajomedieval proliferaron los tratados dirigidos a ellas, escritos por médicos varones, que pretendían que fueran profesionales capaces, honestas, eficaces y de buenas costumbres. Un ejemplo de partera reputada del siglo XV lo constituye Catalina de Cutanda, conocida también como madrina Salinas o simplemente como “la Salinas”, que trabajó en Zaragoza a finales del Cuatrocientos y de cuya labor han quedado valiosos (y hasta el momento únicos) testimonios documentales: las cartas de parto redactadas por notarios que asistieron personalmente a los alumbramientos.

Una vez que la criatura había llegado al mundo la alimentación corría a cargo o bien de la propia madre o de una nodriza. Los moralistas aconsejaban que fuese la madre la que amamantase a su hijo, porque insistían en que a través de la leche se transmitían valores y costumbres creándose, además, un vínculo afectivo materno-filial. La otra opción era recurrir al trabajo de las nodrizas o amas de cría, mujeres que se encargaban de amamantar y cuidar a las criaturas, labor por la que percibían un salario en ocasiones plasmado en un contrato ante notario. La nodriza “ideal” fue objeto de numerosas descripciones realizadas por médicos y moralistas desde la Antigüedad.

Resulta de interés todo lo relacionado con el sacramento del bautismo, puesto que la costumbre era que las criaturas lo recibiesen nada más nacer. El retardarlo era sinónimo de perversidad o de mala praxis religiosa, porque se creía que cuando un niño pequeño moría sin haber recibido el sacramento éste no podría acceder al Reino de los Cielos y su alma permanecería vagando sin encontrar descanso. La religiosidad era una parte fundamental de la cotidianidad del Medievo, por lo que procurar rápidamente ese sacramento iniciático resultaba imprescindible entre las familias de buenos cristianos. El problema giraba en torno al hecho de que al no haber cometido pecado, el destino de su alma no podía ser el Infierno, y aunque el Limbo (desde su creación, en el siglo XIII) podía hacer las funciones de espacio en el que se pudiesen albergar las almas de los pequeños éste resultaba insuficiente e inquietante, puesto que lo ubicaban en los aledaños del Infierno. Ello dio paso a la atribución a algunos santuarios de la capacidad de resucitar, de algún modo, al pequeño muerto durante el tiempo preciso para poder recibir el bautismo.

Junto a lo expuesto, cabría destacar que los sentimientos hacia la infancia que caracterizaron todo el periodo bajomedieval fueron ambivalentes y ambiguos: los niños eran queridos y temidos, respetados por su inocencia y maltratados, tachados de incapaces o vistos como criaturas dignas de hacer las delicias de los mayores... Los niños, seres humanos en proceso de construcción, moldeaban su carácter desde su nacimiento merced a los castigos y doctrinas que recibían de los adultos para que ya desde los primeros años de vida supiesen distinguir el bien del mal. No obstante, y pese

a no negarse la ambivalencia hacia los pequeños, no puede concluirse que los padres no amaban a sus hijos porque generalmente lo hacían, en la medida de sus posibilidades y dentro de los parámetros culturales en los que se movían, además de brindarles el cariño y la protección que necesitaban. De lo que no cabe duda es de que la inocencia y pureza que caracterizan la primera etapa de la vida eran valoradas, tal como se muestra en los diversos registros de memoria: desde las imágenes del Niño Jesús o de San Juanito, hasta el hecho de que se requiriera a pequeños cuando se realizaban sorteos para garantizar la limpieza del procedimiento. También se creía que los niños estaban más cercanos a la Divinidad y, por lo tanto, sus peticiones eran escuchadas con mayor atención.

Es interesante también hablar de la infancia como la “edad de los juguetes”; los niños y las niñas desarrollan sus capacidades y aprenden determinados valores sociales, culturales y de género a través de uno de los medios de socialización más extendidos y que existe desde tiempos remotos: el juego. El juego se convertía en un vehículo transmisor de valores y de normas sociales, aunque en ocasiones en él se invertía el orden social y se permitían excesos que en otro contexto serían intolerables. Los niños juegan y se divierten, ya sea acompañados por juguetes como pequeñas espadas de madera o muñecas de tela o cerámica, o bien jugando con otros niños. Y al igual que el juego, la fiesta también era una ocasión en la que la presencia de niños y niñas era más que evidente. Como medio de representación de la estructura de la sociedad, en muchas celebraciones encontramos la presencia de niños y niñas junto a sus madres o sus hermanos participando junto a estos en las diversas ceremonias y ritos, tal y como analizó Raquel Homet sobre las fiestas del Condestable Lucas de Iranzo en Jaén.

Por último, conviene reparar en los pequeños expósitos y expósitas, hijos ilegítimos en su mayoría, que eran abandonados por diversas circunstancias en las puertas de las iglesias (apelando a la caridad y amor a Dios y al prójimo) o de los hospitales u hospicios para echadizos, en los lugares en los que ya existían estas instituciones. En muchas ocasiones, a la vergüenza de la madre ante la presencia de un hijo ilegítimo venía a sumarse la incapacidad para sacarlo adelante, de modo que para sobrevivir ella y

su criatura se optaba por el abandono confiando en que fuesen otros quienes se encargasen de su manutención y cuidado. Ante la práctica del abandono, puesto que el infanticidio ya prácticamente había desaparecido en buena parte de la Europa bajomedieval, comenzó a proliferar la construcción de salas específicas en los hospitales generales destinadas a albergar a estas y estos expósitos, siendo lugares donde serían criados por nodrizas que trabajaban contratadas por estas instituciones. Como ejemplos de este tipo de edificios con salas destinadas a echadizos, en la Corona de Aragón contamos, entre otros, con el Hospital de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza o el de la Santa Creu de Barcelona.

9. Bibliografía.

- ARIÈS, Philippe, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987.
- BERNIS, C., *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos. I. Las mujeres*, Madrid, 1978.
- BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 1949, vol.1.
- BURKE, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales (1929-1989)*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- CABRÉ I PAIRET, Montserrat, “Nacer en relación”, en *De dos en dos. Las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana, Cuadernos Inacabados*, horas y HORAS (ed.), Madrid, 2000.
- CARBÓN, Damián, *Libro del arte de las comadronas o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños...*, Mallorca, Hernando de Cansoles, 1541.
- CUNNINGHAM, Hugh, *Los niños y la infancia en la sociedad occidental desde el 1500*, ed. Longman, Londres, 1995.
- DEMAUSE, Lloyd, (coord.), *Historia de la infancia*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- FLANDRIN, J.L. “La actitud hacia el niño pequeño”, *La moral sexual en Occidente*, Barcelona, Ed. Juan Gránica, 1984.
- GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Ayuntamiento, Delegación de Acción Cultural, 1990, vol.1.

- GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1990, vol. II.
- GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media*, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.), Zaragoza, 2005.
- GARCÍA HERRERO, M^a Carmen y PÉREZ GALÁN, Cristina, “Lactancia materna remunerada en la Baja Edad Media aragonesa: La demanda de Gilia de Puértolas (Jaca, 1436)” *Perséfone. Ediciones electrónicas de la AHEM/UMA. Monográfico a la memoria de María Teresa López Beltrán*, 2013.
- GIALLONGO, Angela, *Il bambino medievale. Educazione ed infanzia nel Medioevo*, Bari, edizioni Dedalo, 1990.
- HOMET, Raquel, “Niños y adolescentes en fiestas y ceremonias”, en *En la España Medieval*, Universidad Complutense de Madrid, 2001, nº 24, págs.145-169.
- ILLANES ZUBIETA, Ximena, “Pequeños marginados: niñas y niños abandonados en el Hospital de la Santa Creu (siglo XV)”, Pontificia Universidad Católica de Chile, Universitat de Barcelona, Dialnet.
- ILLANES ZUBIETA, Ximena, “Historias entrecruzadas: el período de la lactancia de niñas y niños abandonados en el mundo femenino de las nodrizas durante la primera mitad del siglo XV”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 43/1, enero-junio 2013, págs. 159-197.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *Las fiestas en la cultura medieval*, Areté, Barcelona, 2004.

- LANGER, William L., diciembre de 1973, prólogo a la obra colectiva *Historia de la infancia*, libro, pág.68-69.
- ORIGO, I., *The Merchant of Prato*, London, 1957.
- Paolo da CERTALDO, *Libro di buoni costumi*, Firenze, 1945
- RIERA I SANS, Jaume, *El cavaller i l'alcavota*, 2^a ed. Barcelona, Club Editor, 1987.
- RODRÍGUEZ, Gerardo (dir.), *Cuestiones de Historia Medieval*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina, 2010; NORA ARROÑADA, Silvia, “La infancia en la España Medieval”, Universidad Católica Argentina, págs.125-153.
- SESMA MUÑOZ, José Ángel y LÍBANO ZUMALACÁRREGUI, Ángeles, *Léxico del comercio medieval en Aragón (siglo XV)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1982.
- SHAHAR, Schulamith, *Childhood in the Middle Ages*, London, Routledge, 1990.
- VINYOLES I VIDAL, María Teresa, “Els infants abandonats a les portes de l'hospital de Barcelona (1426-1439), Manuel Riu (ed.), *La pobreza y la asistencia a los pobres en la Cataluña medieval*, Barcelona, C.S.I.C., 1981.

Anexos.

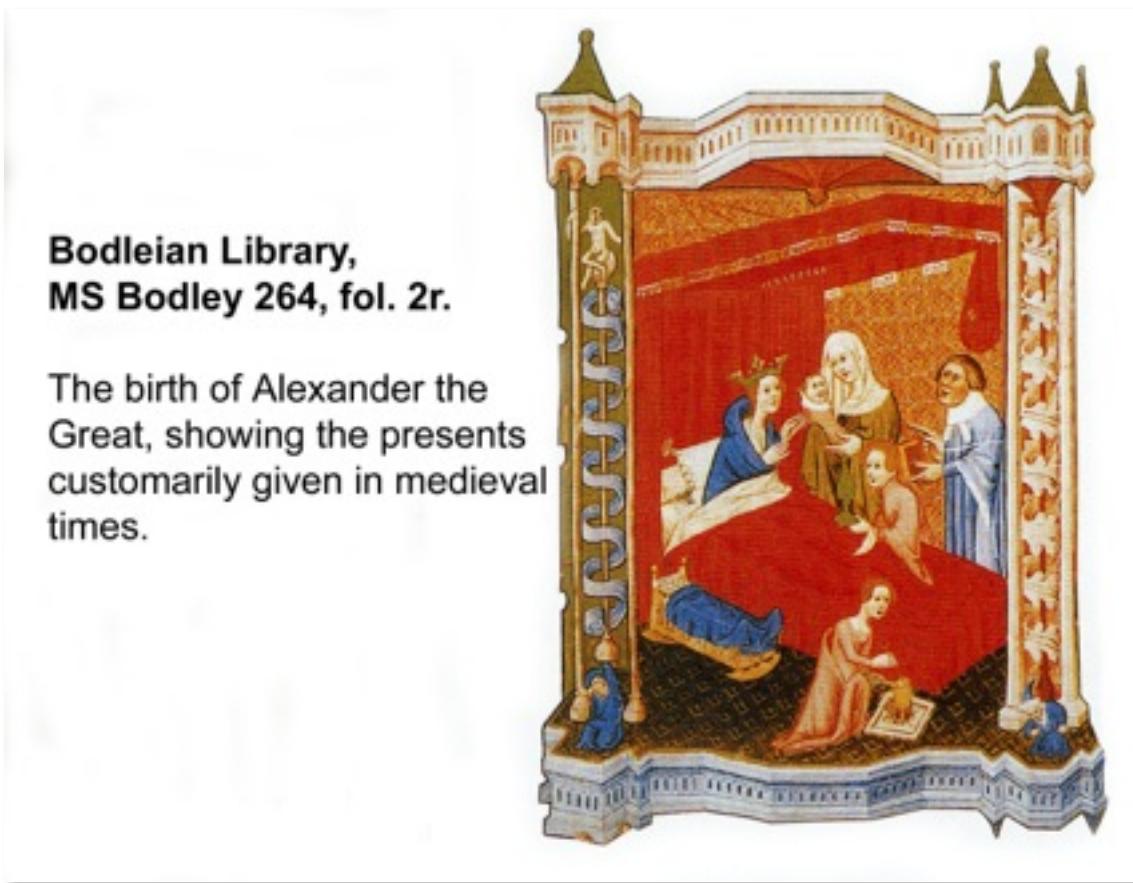


Figura 1. Nacimiento de Alejandro Magno.



Figura 2. Nacimiento de la Virgen de un retablo de Pedro García de Benavarre, realizado hacia 1470. La tabla, actualmente en el MNAC de Barcelona, muestra la escena inmediatamente posterior al parto. Una de las madrinas o comadronas atiende a la madre, Santa Ana, mientras otra, la más experta en su arte, está terminando de fajar a la Virgen recién nacida. La cámara de parto se muestra como un espacio femenino.



Figura 3. Virgen de la Leche o "galctotrofusa" atribuida, en ocasiones, a Berruguete y conservada en el Museo de Bellas Artes de Valencia. La madre dirige a su hijo una mirada amorosa, mientras le procura "la leche de sus pechos", tal como dirán los documentos de la época. El Niño juega con unos "paternosters" de coral y azabache. El coral era considerado "piedra" propiciatoria para los embarazos y buenos partos y, también, como un talismán indicado para las criaturas, a las que protegía del mal de ojo (como el azabache) y ayudaba en el proceso de la dentición.



Figura 4. Cuatro madres llevan a sus niños de distintas edades ante la tumba de San Luis con la esperanza de que les cure de sus parálisis. París, Biblioteca Nacional de Francia, ms. francés 5716, f. 573, "Miracles de Saint Louis", s. XIV.



Figura 5. El Niño Jesús como niño ideal, rubio, blanco y rollizo, en un cesto que hace la función de cuna, e inmovilizado por las bandas que le fajan. Venecia, Biblioteca Marciana, Cod. Lat. IX, f. 133v. Eusebius Pamphilus, "Chronicon", s. XV.



Figura 6. La madre intenta impedir que la Muerte se lleve a su criatura (fajada en color rojo, tenido por profiláctico). Danza Macabra. Biblioteca Nacional de Francia, siglo XV, Ms. 995.



Figura 7. Entre los grupos más pudientes, la lactancia mercenaria supuso una alternativa para evitar la continencia sexual preconizada por la iglesia. La nodriza lacta al bebé y se ocupa de la criatura que está en la cuna, mientras la pareja puede proseguir su vida "íntima". París, Biblioteca Nacional de Francia, ms. francés 580, "Livre que fit le chevalier de la Tour Landry pour l'education de ses filles", Francia, siglo XV.



Figura 8. Durante la Baja Edad Media se fue limitando el número de padrinos y madrinas de bautismo para evitar los problemas derivados del "parentesco espiritual". En la escena de bautismo, el obispo está acompañado por jóvenes clérigos y por un monaguillo que porta la luz. Aparecen retratados los padrinos y madrinas de la criatura. París, Biblioteca Nacional de Francia, ms. latino 962, f. 219. "Pontifical". S. XIV.



Figura 9. Los Estatutos de Burdeos, de mediados del siglo XIII, establecieron que las fuentes bautismales fueran construidas en piedra y cerradas bajo llave. La llave la custodiarían los sacerdotes. Así mismo, el óleo del sacramento también sería guardado por los sacerdotes, todo ello para evitar que estas santas sustancias fueran utilizadas para sortilegios. Escena de bautismo. Arras, Biblioteca Municipal, ms. 882, f. 3, "Pontifical", Francia, siglo XIV.



Figura 10. Bautizo del futuro Carlos IV de Francia. En el desfile ceremonial del bautizo del futuro Carlos VII, son las mujeres quienes introducen al niño en la iglesia. Puede observarse que la criatura, sobre sus fajas y ropitas, lleva un rico paño de brocado de oro, rematado con piel de armiño, y adornado con las flores de lis de la monarquía francesa. No obstante, al tratarse de una criatura, no se ha empleado el color conocido como "azul de Francia", sino rojo, porque al colorado se le atribuyen capacidades profilácticas. París, Biblioteca Nacional de Francia, ms. francés 5054, f. 3. Martial d'Auvergne, "Vigiles de Carles VII", h. 1480.



Figura 11. Las criaturas muertas después del bautismo ingresan automáticamente en el cielo, en donde son acogidas por la Virgen María. Siena, frescos de Lorenzo di Pietro para el Hospital de la ciudad. 1441.



Figura 12. Carlos V y Juana de Borbón, reyes de Francia, ofrecen un exvoto de oro para agradecer a Jesucristo el nacimiento de su hijo, el futuro Carlos VI, que vino al mundo el 3 de diciembre de 1368, después de que los soberanos hubiesen visto morir a varias niñas en su primera infancia. París, Biblioteca Nacional de Francia, ms. francés 2813, f. 223. "Grandes Crónicas de Fancia", Siglo XIV.



Figura 13. Desde la plena Edad Media y para evitar accidentes e infanticidios ocultos tras presuntas sofocaciones, la Iglesia emprende una campaña en defensa del uso de las cunas. Cuna del siglo XIV. British Museum.



Figura 14. En la representación de las siete edades de la vida, la criatura aparece fajada en su cuna, el niño pequeño aprende a andar con ayuda de un andador y, en la siguiente etapa, juega con su caballito de madera esgrimiendo un molinete. París, Biblioteca Nacional de Francia, Ms. francés 218. Siglo XV.



Figura 15. Una escena cotidiana bajomedieval. En el interior del taller y vivienda familiar, el Niño Jesús aprende a andar con ayuda de un taca taca, mientras su Madre se dedica a tareas textiles y su padre putativo a labores de carpintería. Nueva York, Pierpont Morgan Library, ms. 917. Livre d'heures de Catherine de Cléves, Flandes, hacia 1440.



Figura 16. El Niño Jesús juega con un molinillo. Detalle de cuadro anónimo del siglo XV. Museo de Tessé (Le Mans).



Figura 17. *Juegos de niños*, Pieter Brueghel el Viejo (1526/1530-1569), 1560. Museo Kunsthistorisches, Viena.



Figura 18. Espada bajomedieval de juguete, c. 1400. Montpellier, Depósito de la Sociedad Arqueológica.